

TROPAS NAVARRAS EN LAS CONTIENDAS EUROPEAS BAJO LOS PRIMEROS EVREUX (SIGLO XIV)

Nafar gudarosteak Europako gatazketan,
lehen Evreuxtarren agintepean (XIV. mendea)

Navarran tropas in European clashes
under the early Evreux (15th century)

Roberto CIGANDA ELIZONDO
Universidad de Navarra / Nafarroako Unibersitatea

El reino de Navarra vive durante el siglo XIV procesos complejos y decisivos que marcarán su devenir histórico. Instalada desde 1328 en el trono la familia condal de Evreux, dinastía de príncipes franceses de ascendencia capeta, el pequeño reino se verá abocado a participar con contingentes armados de diversa envergadura en la defensa de los intereses internacionales de sus soberanos. Campañas, además, en las que es posible rastrear los últimos coletazos del lento languidecer del espíritu caballeresco y de cruzada que habían guiado en última instancia la participación de Felipe III en la campaña de Algeciras (1343). Alejado de estos ideales, el convulso reinado de Carlos II de Navarra (1349-1387) marcará la época de mayor proyección internacional del pequeño reino a través de las campañas de Albania y sobre todo de sus intervenciones en la Guerra de los Cien Años, tanto en su escenario francés como en Castilla, cuando ésta se convierta en nuevo escenario del conflicto. Estas acciones militares, más o menos exitosas y complementarias siempre a una intensa actividad diplomática, no sólo resultarán claves para definir el peso de los monarcas navarros en el contexto europeo. Algunos sectores de la nobleza local, inserta en una coyuntura crítica por la crisis de los ingresos tradicionales y la paulatina renovación de fidelidades de la nueva dinastía, encontrarán en el servicio de las armas fuera de las fronteras del reino un medio de subsistencia y, en ocasiones, de promoción económica, política y social.

Palabras clave: Navarra. Francia. Castilla. Albania. Normandía. Carlos II. Felipe III de Navarra. Juana II de Navarra. Ejército. Guerra de los Cien Años. Mercenarios. Nobleza. Combatientes. Mesnaderos. Beneficios. Campañas militares. Fidelidades. Promoción social. Espíritu caballeresco.



Nafarroako Erresumak bere bilakaera historikoa markatuko zuten prozesu konplexu eta erabakigarriak bizitu zituen XIV. mendean. 1328an Evreuxko konde familiak –kapetoar jatorriko frantses printzeen dinastiak– tronua eskuratu zuenetik, erresuma txikiak bere Erregeen nazioarteko interesen defentsan parte hartu behar izan zuen, hainbat gudarosteren bidez. Kanpaina haietan, gainera, pixkanaka aienatuz zihoan zaldunen eta gurutzaden espiritua antzeman liteke. Hain zuzen ere, espirtu hark eramanda hartu zuen parte Filipe III.ak Algecirasko kanpainan (1343). Ideal horietatik urrundurik, Karlos II.a Nafarroakoaren erregealdi gorabeheratsuak (1349-1387) markatuko du erresuma txikiak nazioartean proiektzio gehien izaniko aroa. Horren lekuko, Albaniako kanpainak eta, batez ere, Ehun Urteko Gerran parte hartu zuenekoa, hala Frantzian nola Gaztelan, azken hori gatazkaren agertoki bilakatu zenean. Ekintza militar horiek, batzuk

arrakastatsuak eta besteak ez hainbeste, jarduera diplomatiko trinkoen osagarri izan ziren beti, eta erabakigarriak ere bai nafar erregeek Europan izan zezaketen garrantzia definitzeko. Noblezia egoera larrian zegoen tradiziozko sarrerak nabarmen urritu zitzaizkielako eta dinastia berria, pixkanaka, leialtasun berriak lortzen ari zelako. Hala, aitoren seme batzuek erresumaren mugetatik kanpo jo zuten arma zerbitzuetan bizitzeko diru-iturria lortzeko eta, zenbait alditan, baita sustapen ekonomiko, politiko eta sozialerako aukera izateko ere.

Giltza hitzak: Nafarroa. Frantzia. Gaztela. Albania. Normandia. Karlos II.a. Filipe II.a Nafarroakoa. Joana II.a Nafarroakoa. Gudarostea. Ehun Urteko Gerra. Mertzenarioak. Aitoren semeak. Gudulariak. Mesnaderoak. Etekinak. Kanpainak. Militarrek. Leialtasunak. Gizarte sustapena. Zaldun espiritua.



The Kingdom of Navarre lives through complex and decisive processes during the 14th century that were to mark its historical future. The Evreux lineage had been installed on the throne since 1328. They were a dynasty of French princes descending from the Capetians, and thus the small kingdom was to participate with armed contingents of various sizes in the defence of the international interests of their sovereigns. These were also campaigns in which it was possible to trace the last remnants of the slow languishing of the chivalrous and crusading that had ultimately guided Phillip III's participation in the Algeciras campaign (1343). Far from such ideals, the convulse reign of Charles II of Navarre (1349-1387) was to mark the zenith of the international protection of this small kingdom through the campaigns in Albania and, above all, its interventions in the Hundred Years War, both in its French scenario and in Castile, when this became a new scenario in the conflict. Such military actions, which were more or less successful and always complementary of an intense diplomatic activity, were not only to be the key to define the weight of the Navarran monarchs in the European context. Certain sectors of local nobility inserted in a critical situation due to the crisis in their traditional sources of income and the gradual change of fidelities of the new dynasty, were to find in armed service outside the kingdom a means of subsistence and, in certain occasions, a means of economic, political and social promotion.

Keywords: Navarre. France. Castile. Albania. Normandy. Charles II. Phillip II of Navarre. Juana II of Navarre. Army. Hundred Years War. Mercenaries. Nobility. Combatants. *Mesnaderos*. Benefits. Campaigns. Military. Fidelities. Social promotion. Chivalrous spirit.

SUMARIO

I. AGENTES Y FACTORES DE LAS CAMPAÑAS EXTERIORES. 1. La nueva dinastía de la casa de Evreux. 2. Situación de la nobleza navarra. 3. Problemática y antecedentes. II. LOS PROYECTOS DE CRUZADA Y LA CAMPAÑA DE ALGECIRAS. 1. Caballería y cruzada en el espíritu de Felipe III de Navarra. 2. El reino y la expedición a Algeciras de 1343. III. CONTINGENTES NAVARROS EN LA GUERRA DE LOS CIENTO AÑOS. 1. Política de los primeros Evreux e incipiente presencia navarra en Francia (1337-1352). 2. La ofensiva navarra y los grandes desplazamientos de tropas (1353-1364). 3. Repliegue defensivo y consolidación de la presencia navarra (1364-1378). 4. Mercenarios navarros en el conflicto internacional. IV. EXPEDICIONES EN LOS CONFLICTOS PENINSULARES. V. COMPAÑÍAS NAVARRAS EN ALBANIA Y GRECIA. VI. BIBLIOGRAFÍA.

El siglo XIV, particularmente en el período comprendido entre 1328 y 1404, puede considerarse sin ningún género de dudas como la época de mayor proyección internacional del reino navarro. El intrincado, y a veces aparentemente contradictorio, nudo de relaciones diplomáticas con los distintos reinos europeos y las campañas militares emprendidas por los primeros monarcas de la casa de Evreux y sus familiares directos, miembros de la familia real navarra, marcarán además de manera inexorable el panorama socioeconómico de Navarra, que vive en esos momentos intensos cambios en las relaciones de poder, los lazos de fidelidades y las bases económicas de la elite nobiliaria¹.

En este contexto, tanto diplomática como militarmente, el peso, relevancia y capacidad de influencia del pequeño reino pirenaico serán patentes y manifiestos en buena parte de Europa a lo largo de la centuria. Pero probablemente la presencia de contingentes armados navarros a lo largo y ancho de la geografía europea sea uno de los símbolos más palmarios de esta relevancia internacional, con tropas que, procedentes del reino, operarán desde las costas normandas del

¹ Estaría de más realizar aquí un balance de la abundantísima producción historiográfica sobre este período. Baste recordar la visión global y la vigencia de los postulados realizados hace ya décadas por MARTÍN DUQUE, Á.J., *El Reino de Navarra en el siglo XIV*, *Anuario de Estudios Medievales*, 7 (1970-1971), pp. 153-164.

Canal de La Mancha hasta los campos de Algeciras, y desde Murviedro hasta la costa albanesa y la península del Peloponeso, de manera más o menos estable según las ocasiones y jugando, en todo caso, un papel clave en los conflictos europeos de manera especialmente activa en la segunda mitad del siglo XIV.

En todo caso el Trecentos es para Navarra un período complejo y decisivo, marcado por intensos cambios que alterarán de forma significativa la realidad del reino en todos sus niveles. Y lo es, ante todo, por vivir al igual que el resto de Europa Occidental una coyuntura crítica. El reino no escapará a los ciclos de sequías o lluvias recurrentes, a las hambrunas, a sus consiguientes crisis agrarias y económicas, ni a los azotes de las sucesivas oleadas de la más terrible de las epidemias, la Peste, que desde su aparición en 1348 marcó –como es bien sabido– un punto de inflexión de los ritmos demográficos. En tal coyuntura histórica, ¿cómo debe entenderse entonces el aparentemente desproporcionado peso específico de Navarra en los conflictos internacionales? Y sobre todo, ¿cómo puede explicarse la importante presencia numérica y el papel jugado por las tropas navarras en las principales contiendas del siglo XIV? El presente trabajo pretende abordar de manera muy limitada estas cuestiones, aportando una modesta visión global y apuntar una suerte de balance historiográfico básico de los abundantes trabajos dedicados preferentemente por la escuela medievalista navarra. No obstante, la culminación de algunas investigaciones ya en marcha y la deseable realización de análisis exhaustivos dedicados a algunos aspectos socioeconómicos, políticos y militares aquí reseñados y merecedores de estudios sectoriales, permitirán en el futuro precisar más allá de la puntual aproximación planteada en estas líneas.

I. AGENTES Y FACTORES DE LAS CAMPAÑAS EXTERIORES

1. La nueva dinastía de la casa de Evreux

El esfuerzo económico y humano realizado por el reino para la realización de las empresas exteriores no puede entenderse, en primer lugar, sin comprender la personalidad de sus monarcas, aspecto sobradamente conocido pero sobre el que conviene incidir para entender correctamente esta presencia internacional navarra². En 1328, con la instauración en el trono de la dinastía condal de Evreux, se abría para Navarra un período nuevo, de reajuste de la dicotomía

² Sigue resultando básico, en este sentido, el trabajo de LACARRA DE MIGUEL, J.M., *Historia política del reino de Navarra, desde sus orígenes hasta su incorporación a Castilla*, Pamplona: CAN, 1973, en part. vol. 3. Desde esta perspectiva global, deben tenerse en cuenta, no obstante, las nuevas aportaciones de MARTÍN DUQUE, Á.J. y RAMÍREZ VAQUERO, E., *El reino de Navarra (1217-1350)*.

rey-reino y de relajación de las tensiones propias del férreo control ejercido durante el período de unión dinástica con Francia a través del gobierno de agentes foráneos.

Sin embargo, la nueva situación no debe llevar a engaño. Independientemente de su mayor sensibilidad y progresiva implicación en los asuntos navarros y aunque reyes privativos, tanto Felipe III como Juana II y su hijo Carlos II son y se sienten, ante todo, príncipes franceses. Diversos factores, aparentemente determinantes, confluyen en esta visión³. El primero y quizá de mayor relevancia es su sangre real como descendientes directos de los últimos Capetos, hecho que jugará un papel clave en el posicionamiento político y las aspiraciones de Juana II y muy especialmente de su hijo Carlos II, bajo cuyo reinado se convertirán en factor aglutinador y amenazante baza frente a la corona de los Valois. Pero también por su nacimiento en el reino galo y su educación en la corte francesa –Felipe III y Juana II de hecho apenas residieron en el reino–, así como por el círculo de relaciones personales y el sólido núcleo de fidelidades allí forjado: Felipe III como estrecho colaborador de su primo el rey de Francia, Felipe VI de Valois, y miembro privilegiado del entorno cortesano galo, además de por sus relaciones con la alta nobleza de Normandía, en la que radicaba el condado de Evreux heredado de su padre; Juana II por sus relaciones privilegiadas con la nobleza champañesa y borgoñona –heredadas respectivamente de su abuela Juana I, reina de Navarra y condesa de Champaña, y de la familia de su madre, Margarita de Borgoña–, así como la adhesión de diversos sectores descontentos con el nuevo rumbo fijado por los Valois, que aglutinaba como «capeta» e hija de Luis *el Hutín*, rey de Francia y de Navarra; y, por último, Carlos II como heredero conjunto de muchas de estas fidelidades y estrategia infatigable, que procurará en todo momento recuperar el peso específico del que se consideraba legítimo depositario.

En consecuencia, los primeros monarcas de la casa de Evreux centrarán sus intereses en el ámbito europeo y de manera muy particular en Francia,

En *Historia de España Menéndez Pidal*, Madrid: Espasa-Calpe, 1990, vol. 13-2, pp. 3-89; así como de CHARON, Ph., *La principauté d'Evreux aux XIVe et XVe siècles*, Paris: Ecole des Chartes (en prensa); y los apuntes de MARTÍN DUQUE, Á.J., *Hacia una renovación de los estudios sobre Carlos II de Navarra, Príncipe de Viana*, 182 (1987), pp. 565-568.

³ MIRANDA GARCÍA, F., Felipe y Juana de Evreux en la Guerra de los Cien Años (1337-1349). En CONTAMINE, Ph. y GUYOTJEANNIN, O. (dir.), *La guerre, la violence et les gens au Moyen Âge, I. Guerre et violence (Actes du 119e Congrès des Sociétés Historiques et Scientifiques. Amiens, 1995)*, Paris: Comité des Travaux Historiques et Scientifiques, 1996, pp. 81-96. También GARCÍA ARANCÓN, M.R., Carlos II de Navarra. El círculo familiar, *Príncipe de Viana*, 182 (1987), pp. 569-608; CIGANDA ELIZONDO, R., Felipe III de Navarra; Juana II de Navarra; Carlos II de Navarra. En *Diccionario Biográfico Español*, Madrid: RAH (en prensa).

donde jugarán además un importante papel político y militar como pares del reino, título éste ligado al del condado de Evreux y heredado de Luis de Evreux, padre de Felipe III, que fue además jefe del Consejo Real y de los ejércitos de Flandes. Allí radicarán también sus estratégicas posesiones territoriales y desde ellas emprenderán sus más importantes iniciativas militares, primero como colaboradores de los Valois y más adelante como sus opositores, especialmente durante el reinado de Carlos II en la segunda mitad de la centuria, emprendiendo la reclamación de unos derechos que la familia real navarra y su entorno consideraron legítimos.

Dirigida la política del reino por los Evreux y sus intereses, la propia personalidad individual de cada uno de los soberanos imprimió igualmente un sello particular a la realidad del reino y sus reinados, así como al significado y motivación de las campañas exteriores. El hecho resulta incuestionable, sin entrar a valorar un aspecto tan subjetivo y en ocasiones difícilmente rastreable en la documentación. El primero de los factores es la paulatina «navarrización» del linaje y sus políticas por diversos factores. Un proceso en el que convergen factores tanto voluntarios —el progresivo conocimiento de la realidad del reino peninsular y la consolidación de fidelidades en el mismo— como involuntarios —la gradual pérdida de peso específico en Francia, especialmente acentuada en el reinado de Carlos II—. En este sentido, la activa participación en los asuntos franceses implicará irremediabilmente el empleo de importantes recursos económicos y humanos, que los soberanos obtendrán de todos sus dominios incluyendo en buena medida los proporcionados por el exiguo y cada vez más exhausto territorio navarro.

La de los condes de Evreux y reyes de Navarra fue además una familia con un marcado acento corporativista. El hecho resultaba llamativo ya en la Francia del siglo XIV, en un contexto de profundas divisiones internas y conflictos permanentes, y así lo subrayan cronistas contemporáneos e historiadores modernos con la hiperbólica expresión de que «nunca una familia estuvo más unida que los infantes de Navarra»⁴. Los soberanos no dudaron en apoyar decididamente las necesidades de los miembros de su estirpe y las solidaridades familiares están presentes en toda la política exterior e interior de la Corona navarra⁵. Por ello no resulta extraño, tal y como se verá, el socorro militar prestado entre sus miembros y significado, en muchas ocasiones, por contingentes armados navarros, como cuando en pleno enfrentamiento con los Valois Blanca de Navarra, viuda de Felipe VI de Valois y hermana de Carlos II de Navarra, abra sus dominios del

⁴ MEYER, E., *Charles II, roi de Navarre, comte d'Évreux, et la Normandie au XIV^e siècle*, Paris: Dumont, 1898 (reimpr. Ginebra-Slatkine: Megariotis Reprints, 1975. 305 p.), p. 59.

⁵ GARCÍA ARANCÓN, M.R., Carlos II, pp. 569 y 579-594.

Sena a las tropas de Martín Enríquez de Lacarra⁶, o cuando el propio monarca financie personalmente en Navarra la movilización de un centenar de hombres de armas destinados a acudir a Albania con el fin de recuperar el principado de Durazzo para su hermano Luis de Beaumont⁷.

Un último aspecto de los Evreux permite comprender igualmente algunos de sus más significativos hechos de armas y el verdadero carácter de la presencia de tropas navarras en determinados escenarios. Sorprende observar cómo, pese a la animadversión historiográfica gala abiertamente manifiesta –por diversos factores que no es posible señalar aquí– hacia el cabeza de linaje en la segunda mitad del siglo XIV, tanto el autor de la *Chronique des Quatre Premiers Valois* como los historiadores contemporáneos ensalzan a Felipe III y su hijo homónimo, el infante Felipe, conde de Longueville. Y lo hacen en virtud del espíritu caballeresco del que aparecen como principales valedores, proclamando su autoridad moral y haciendo gala –hasta casi rayar la adulación– de la personificación de unos valores que habían entrado ya en franca decadencia adaptados al ritmo de vida cortesano⁸. En una época de profundo declive de los valores más tradicionales heredados de la feudalidad, el ideal auténtico de caballero cristiano, servidor de Dios y de la justicia, infatigable combatiente conforme a un estricto código ético, incombustible defensor de la fe cristiana frente al infiel musulmán, encontrará en la casa real navarra algunos de sus más tardíos representantes. Representarán en suma para la historiografía, como si de un juego literario se tratase, el contrapunto de la astucia y pragmatismo, bien que malogrado, representados por Carlos II y en menor medida por Juana II. Pero serán en todo caso personalidades que con este mismo ideal serán capaces de movilizar en Navarra, no sin oposición, un contingente de cierta importancia en lo que constituye para Europa uno de los más brillantes colofones y para Navarra, tardío y casi impuesto, un auténtico epílogo del espíritu de Reconquista y de Cruzada.

2. Situación de la nobleza navarra

No es posible comprender correctamente estas campañas exteriores sin atender a la situación y motivaciones del segundo de los agentes implicado en

⁶ MEYER, E., *Charles II*, p. 132.

⁷ GALLEGU, J. y NIETO, J.I., Los navarros en Grecia. En Martín Duque, A.J. (dir.), *Gran Atlas de Navarra, II. Historia*, Pamplona: CAN, 1986, p. 93.

⁸ PREVOST, G-A., Introduction. En IZARN, E., *Le Compte des recettes et dépenses du roi de Navarre en France et en Normandie, de 1367 à 1380*, Paris: Picard, 1885, p. CXXIV; PLAISSE, André, *Charles II, dit le Mauvais, comte d'Évreux, roi de Navarre, capitaine de Paris*, Evreux: Société Livre de l'Eure, 1972, pp. 36-37. También CIGANDA ELIZONDO, R., Felipe III; Carlos II.

ellas, la nobleza navarra, que sería en última instancia el auténtico brazo ejecutor de las empresas militares nacidas por iniciativa de sus soberanos.

El *Fuero General de Navarra* y el resto de dispositivos legales que regulaban las obligaciones militares de la población del reino se circunscribían al servicio regio y a los casos de guerra ofensiva o defensiva en el propio territorio navarro. Se trataba en todos los casos de un servicio caracterizado por su brevedad y solamente en caso de defensa del reino el servicio podía prorrogarse hasta la consecución de unos objetivos marcados. De hecho, tal y como recuerda José María Lacarra para el caso de la nobleza, estas mismas obligaciones suponían un privilegio de muy lejana factura que aseguraba la prestación del servicio exclusivamente dentro de las fronteras de Navarra⁹. En consecuencia, los contingentes destinados a prestar sus servicios de armas en los campos de batalla europeos no podían ser convocados por obligación según Fuero, incluso en el caso de las posesiones francesas de los soberanos ya que *stricto sensu* éstas se encontraban bajo su control en virtud de sus respectivos títulos en Francia¹⁰.

La necesidad sin embargo de fuerzas profesionales y bien equipadas para actuar en el exterior creció de forma paralela a la creciente implicación de los soberanos de la casa de Evreux en la política europea. Excluidos otros grupos sociales por su escasa efectividad, recaería en la nobleza ésta responsabilidad –como no podía ser de otra forma– como hombres de guerra por definición, nacidos dentro de la elite aristocrática y con una formación exclusivamente orientada hacia la actividad militar y el oficio de las armas. Tras diversas soluciones de compromiso, la necesidad de movilizar en Navarra contingentes numerosos y de servicio duradero para la defensa de los intereses de Carlos II en Francia acabó por originar en la segunda mitad del siglo XIV el más importante de los cambios registrados en el sistema militar navarro durante la Edad media, con la introducción del servicio de armas voluntario y retribuido económicamente¹¹. Al igual que en los principales reinos europeos, se ponía en marcha de este modo un mecanismo que supondría de hecho la progresiva profesionalización de la guerra, logrando la posibilidad de disponer de importantes volúmenes de gentes de armas de manera casi permanente, prestando sus servicios militares a cambio

⁹ Una síntesis de las obligaciones militares de todos los grupos en SEGURA URRÁ, F., Nobles, ruanos y campesinos en la Navarra medieval, *Iura Vasconiae*, 3 (2006), pp. 25-26, 37-38 y 50-51.

¹⁰ A este respecto, MARTÍN DUQUE, Á.J. y PANIZO SANTOS, I., Las dinastías «extrañas» de reyes y la acumulación de títulos. En Martín Duque, A.J. (dir.), *Signos de identidad histórica para Navarra*, Pamplona: CAN, 1996, vol. 1, pp. 331-340.

¹¹ Tal y como ha estudiado FERNÁNDEZ DE LARREA, J.A., Cambios en el sistema militar navarro en la segunda mitad del siglo XIV. En *Primer Congreso General de Historia de Navarra (Pamplona, 1986)*, Pamplona: Gobierno de Navarra, 1987, vol. 3, pp. 413-423; e *Idem, Guerra y sociedad en Navarra durante la Edad Media*, Bilbao: UPV, 1992, pp. 61-66.

de una soldada, sin otra limitación que la duración de su paga. Se garantizaba con ello además la calidad de los equipamientos de los combatientes, frente a la desidia en el servicio de armas de infanzones, burgueses y labradores –provocada por el encarecimiento de equipos y monturas– y, en sentido inverso, del perjuicio que el servicio militar conllevaba para el desarrollo de sus actividades económicas habituales¹². Voluntario o no, el reclutamiento y servicio posterior se llevaba a cabo respondiendo a las pautas habituales de comportamiento de la nobleza navarra en base al linaje y al solar. Redes clientelares y fidelidades locales configuran estos conjuntos de combatientes que, manteniendo una gran solidaridad grupal, actuarán lejos de las fronteras del reino¹³.

El medio físico impone además sus propios condicionantes. Si el desbordante crecimiento vegetativo y la atomización patrimonial de la baja nobleza de los *infanzones* había abocado a parte del estamento a un estilo de vida similar al del campesinado, la carrera de las armas en el exterior –por contra– era recurso habitual en aquellas zonas en las que el rendimiento de la tierra es menor y donde el mayorazgo, ejercido como derecho consuetudinario, obliga a los segundones de linaje a buscar los medios de subsistencia fuera del entorno familiar¹⁴. En el período y las campañas que nos conciernen, será el caso particularmente intenso de las gentes procedentes de la Tierra de Ultrapuertos y en menor medida de la Merindad de Estella, y que ayuda a entender, en gran parte, el origen geográfico de una porción importante de los contingentes navarros desplazados a los campos europeos¹⁵.

Las recurrentes crisis demográficas y económicas habían afectado también a la nobleza navarra, especialmente al estrato medio de caballeros y escuderos, que había visto descender progresivamente el valor de sus rentas agrarias con el consiguiente endeudamiento y empobrecimiento general. En esta dinámica el servicio armado, y muy particularmente las campañas militares exteriores, se configurarían como una de las vías más efectivas para mantener el nivel de

¹² CONTAMINE, Ph., *La guerre au Moyen Age*, Paris: PUF, 1980, pp. 275-306; e *Idem*, *Guerre, état et société à la fin du Moyen Age. Études sur les armées des rois de France, 1337-1494*, Paris: Mouton, 1972, pp. 55-64 y 139-150.

¹³ RAMÍREZ VAQUERO, E., La nobleza bajomedieval navarra: pautas de comportamiento y actitudes políticas. En *La nobleza peninsular en la Edad Media. VI Congreso de estudios Medievales (León, 1997)*, Ávila: Fundación Sánchez-Albornoz, 1999, pp. 297-323; FERNÁNDEZ DE LARREA, J.A., *Guerra y sociedad*, pp. 62-63; CIGANDA ELIZONDO, R., *Navarros en Normandía en 1367-1371*, Pamplona: Eunsa, 2006, pp. 322-323.

¹⁴ Así lo ha subrayado para épocas precedentes el prof. MARTÍN DUQUE, Á.J., Mensajes de un mundo antiguo. De los Vascones a los Pamploneses. En Martín Duque, Ángel Juan (dir.), *Signos de identidad histórica para Navarra*, Pamplona: CAN, 1996, vol. 1, pp. 135-136.

¹⁵ HERREROS LOPETEGUI, S., Mecanismos de movilización de tropas, *Príncipe de Viana*, 182 (1987), pp. 637-643; y CIGANDA ELIZONDO, R., *Navarros*, pp. 168-169 y 322-323.

ingresos con los beneficios procurados tanto por soldadas, como por botines de guerra y saqueos y el cobro de rescates de prisioneros¹⁶. Además, estas mismas campañas en los campos de batalla europeos al servicio de la familia real navarra mostrarán un alto grado de rentabilidad sociopolítica para los miembros de la nobleza media, los mismos que debían prestar sus servicios militares en el reino por los llamados feudos de bolsa, acentuando de este modo el proceso de profesionalización de la guerra y amortizando la inversión hecha en equipamientos y monturas a las que aquellas les obligaban. Algunos de sus miembros aprovecharán su activa participación en estas iniciativas exteriores para establecer y consolidar nuevas fidelidades con la dinastía reinante y procurarse, por esta misma vía, una importante promoción política, social y económica. Una promoción que queda manifiesta en la asignación de rentas y el nombramiento en diversos cargos de la administración regia, el amplio reconocimiento social y en ocasiones la concertación de matrimonios de estos mismos combatientes de la nobleza media con miembros de los más arraigados –y decadentes, todo sea dicho– linajes de la alta nobleza del reino e incluso, en segundas generaciones, con las ramas bastardas de la propia familia regia¹⁷.

3. Problemática y antecedentes

A la hora de realizar una aproximación, siquiera somera como la presente, a la presencia exterior de tropas navarra no pueden obviarse algunos aspectos que condicionan su conocimiento y que deben quedar al menos apuntados. En este sentido, las propias fuentes documentales y su carácter resultan la traba principal para la realización de estudios detallados. La información resulta ciertamente desequilibrada: frente a períodos o campañas abundante y detalladamente documentados por fuentes seriadas y minuciosas por su carácter contable –especialmente en lo concerniente al reclutamiento y actividad de estos grupos en Navarra antes de su partida–, resulta habitual encontrar determinados lapsos temporales, más o menos amplios, en los que las referencias resultan sumamente sucintas y vagas, aportadas casi exclusivamente por los datos expuestos en las

¹⁶ FERNÁNDEZ DE LARREA, J.A., La guerra como respuesta a la crisis de los ingresos señoriales en el Reino de Navarra durante el reinado de Carlos II (1349-1387), *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Historia Medieval*, 2 (1989), pp. 189-204; *Idem*, *Guerra y sociedad*, pp. 75-88. En cuanto a las campañas en Francia, CIGANDA ELIZONDO, R., *Navarros*, pp. 283-318.

¹⁷ Sobre la renovación de la nobleza en la que estos procesos se inscriben, RAMÍREZ VAQUERO, E., La nobleza, pp. 311-316. El caso individualizado de Fernando de Ayanz resulta muy ilustrativo a este respecto: CIGANDA ELIZONDO, R., El honor de las armas y servicio del rey: la carrera política de Fernando de Ayanz (c. 1353-1393). En Erro Gasca, Carmen y Mugueta Moreno, Íñigo (eds.), *Grupos sociales en la Historia de Navarra: relaciones y derechos (Actas del V Congreso de Historia de Navarra. Pamplona, 2002)*, Pamplona: Eunat, 2002, vol. 1, pp. 47-68.

fuentes cronísticas medievales. E incluso en este caso muchas de estas alusiones resultan sumamente ambiguas. Es el caso particularmente de la cronística francesa que, pese a testimoniar con precisión las campañas de Carlos II en su conflicto con los Valois, emplearán el término «navarro» no tanto en alusión a un origen geográfico concreto como a una afinidad programática y política con los proyectos del soberano¹⁸.

En ocasiones la ausencia de trabajos científicos ha venido condicionada por la localización física de estos fondos documentales. La documentación navarra permite testimoniar de manera más o menos satisfactoria la situación de estos contingentes en el reino o aquellas campañas que son emprendidas por los soberanos en cuanto reyes de Navarra y dirigidas, por tanto, desde Navarra (por ejemplo en aquellas emprendidas en el ámbito peninsular). Sin embargo, el grueso de la masa documental correspondiente a su participación en el norte de Francia, Inglaterra o Gascuña se conserva igualmente en archivos foráneos, ingleses y galos, donde en muchas ocasiones se encuentra relegada en series deficientemente conocidas, cuando no dispersa o perdida¹⁹.

En cuanto a las campañas propiamente dichas, antecedentes de iniciativas militares navarras en el exterior no faltan en los siglos anteriores. No es éste el lugar de hacer un relato detallado de las mismas, pero baste recordar la participación de algunos contingentes en diversas expediciones a las que la Iglesia había otorgado el carácter de cruzada, tanto en la Península Ibérica como en Tierra Santa en los siglos XII y XIII²⁰, y particularmente en esa última centuria las emprendidas con ese mismo objetivo por los monarcas de la casa de Campaña, Teobaldo I en 1239-1240 y su hijo y sucesor Teobaldo II en 1270²¹. También próximas cronológica, y geográficamente, estaban las expediciones bélicas a Gascuña emprendidas en ese mismo período, tanto la llamada «Hueste de Gas-

¹⁸ Esta tendencia se mantiene incluso entre los historiadores contemporáneos, que siguen definiendo por ejemplo al círculo de fidelidades de Carlos II entre la nobleza gala como «*noblesse navarraise*» (CAZELLES, R., *Société politique, noblesse et couronne sous Jean le Bon et Charles V*, Ginebra-París: Droz, 1982, p. 85 y ss.).

¹⁹ En este sentido, algunos apuntes sobre los fondos franceses a este respecto en CHARON, Ph., *La principauté* (en prensa).

²⁰ Aunque en la mayor parte de las ocasiones resulta complicado precisar esta participación, sin duda la hubo de manera frecuente. Pueden confrontarse a este respecto las referencias a Navarra en GOÑI GAZTAMBIDE, J., *Historia de la Bula de la Cruzada en España*, Vitoria: Editorial del Seminario, 1958, así como el breve pero meritorio trabajo de divulgación del mismo autor *Navarra y las cruzadas*, Pamplona: Diputación Foral de Navarra, 1968.

²¹ Una síntesis y abundante bibliografía sobre estas campañas en GARCÍA ARANCÓN, M.R., *Cruzada de Teobaldo I en Tierra Santa (1239-1240) y Cruzada de Teobaldo II a Túnez (1270)*. En Martín Duque, Á. J. (dir.), *Gran Atlas de Navarra, II. Historia*, Pamplona: Caja de Ahorros de Navarra, 1986, pp. 92 y 95.

cuña» de 1266²² como las campañas de apoyo promovidas por Felipe *el Hermoso* en 1296 frente a las tropas de Eduardo I de Inglaterra²³, aunque éstas tuvieron siempre el territorio navarro como base de operaciones y nunca se desvincularon espacialmente del mismo.

En todo caso, éstos y otros precedentes puntuales y coyunturales no tienen parangón con la actividad militar desplegada con la nueva dinastía, y muy particularmente bajo el reinado de Carlos II, respondiendo de forma paralela a su infatigable implicación en la política francesa e hispana, aunque ésta resultaría en todo caso inexplicable sin tener en cuenta las iniciativas de sus predecesores Felipe III y Juana II. El número de campañas emprendidas fuera de las fronteras del reino y el volumen de gentes movilizadas e implicadas directamente en estos conflictos europeos crece gradualmente a partir de 1328. Desde grupos relativamente numerosos que actúan de forma conjunta a combatientes individuales contratados como «mercenarios» por los monarcas navarros pero también por otros soberanos europeos, gentes de armas procedentes del reino combatirán en prácticamente todos los bandos de las principales contiendas. Entre los primeros, por ejemplo, las tropas destinadas a Aragón en 1362-1363 o las movilizadas en 1367 para participar en la guerra civil castellana, y que se vincularon tanto a Pedro I y al Príncipe de Gales –las conocidas 300 lanzas bajo mando de Martín Enríquez de Lacarra– como a Enrique de Trastámara –en el caso de Juan Ramírez de Arellano–²⁴. Y entre los segundos, casos como el de Juan de Artajo, escudero navarro que tras combatir al servicio de Carlos II en Francia acabará desarrollando una importante carrera militar al servicio de la Corona inglesa²⁵.

Resultaría imposible aportar en estas líneas una visión exhaustiva de la presencia armada exterior de Navarra en el siglo XIV. El número de campañas, la multitud de circunstancias y avatares político-militares, la variable repercusión de sus intervenciones tanto en el reino como en la política internacional y sus implicaciones socio-económicas resulta sumamente complejo. Sin embargo, parece preciso realizar siquiera un esbozo de las mismas, recogiendo al menos los hitos principales y señalando aquellas campañas que por el volumen de

²² GARCÍA ARANCÓN, M. R., Ricardo de Montfort al servicio de Teobaldo II de Navarra (1266), *Príncipe de Viana*, 160-161 (1980), pp. 411-419; e *Idem*, *Teobaldo II de Navarra (1253-1270). Gobierno de la monarquía y recursos financieros*, Pamplona: Gobierno de Navarra, 1985, pp. 73 y 242.

²³ CIGANDA ELIZONDO, R., Introducción. En *Idem*, *Archivo General de Navarra. Sección de Comptos. Registro núm. 7 (1300)*, San Sebastián: Sociedad de Estudios Vascos, 2007, pp. XXXVI-XXXVII.

²⁴ LACARRA DE MIGUEL, J.M., *Historia*, vol. 3, pp. 96-99. también DIAGO HERNANDO, M., Un noble entre tres reinos en la España del siglo XIV: Juan Ramírez de Arellano, *Príncipe de Viana*, 230 (2003), pp. 531-532.

²⁵ WALKER, S., Janico Dartasso: Chivalry, Nationality and the Man-at-Arms, *History*, 273 (1999), pp. 31-51.

contingentes, su carácter y su repercusión resultan especialmente significativas, incidiendo en los procesos generales y en aquellos puntos reveladores de la coyuntura vivida bajo el reinado de los primeros Evreux.

Se trata, en suma, de ensayar una visión global que sirva de punto de encuentro a la multitud de pequeñas aportaciones realizadas hasta el momento y acicate para investigaciones futuras que ayuden a definir y precisar estos hechos. Se prestará atención por ello, en la medida de las posibilidades, a cuatro hitos que engloban la mayor parte de las expediciones y sirven para obtener una perspectiva amplia, variada y representativa de esta participación en las contiendas europeas y de los cambios operados en ellas. Se trata, en primer lugar, de la llamada Cruzada de Algeciras (1343), con sus precedentes desde 1329 y su especial significación; después, la intervención en el gran conflicto anglo-francés de la Baja Edad Media, la guerra de los Cien Años, en su teatro de operaciones francés; en tercer lugar, la implicación y activa participación en los conflictos peninsulares; y por último, la presencia navarra en Albania y Grecia, quizá la más conocida de todas ellas y brillante colofón de buena parte de las dinámicas expuestas.

II. LOS PROYECTOS DE CRUZADA Y LA CAMPAÑA DE ALGECIRAS

Las más tempranas iniciativas de intervención armada exterior emprendidas por el primer monarca de la dinastía de Evreux, y que no habrían de plasmarse en una expedición hasta 1343, entroncan conceptualmente con el primigenio ideario reconquistador de la nobleza navarra. De hecho, más que por el número de gentes de armas movilizadas o por la trascendencia de su intervención, estas iniciativas resultan relevantes por cerrar un período en la historia bélica de Navarra, que se había iniciado siglos atrás con los primeros pasos de la Reconquista. El proyecto de lucha contra el Islam, retomado ahora bajo el prisma del ideal caballeresco y de cruzada, creó no pocas tensiones en Navarra, originando un choque frontal que cabría considerar como anacrónico y revelando la realidad de un reino que había abandonado tiempo atrás la necesidad y posibilidad expansiva a costa del infiel.

1. Caballería y Cruzada en el espíritu de Felipe III de Navarra

Ya se ha señalado brevemente el carácter del primer monarca de la casa de Evreux, impregnado de espíritu caballeresco, lo que explica en buena medida su vinculación con diversos proyectos de Cruzada tanto en la Península Ibérica como en el Próximo Oriente. Esta situación no resulta extraña, si se atiende a la influencia paterna y a su educación en la corte francesa, en la que creció integra-

do en la familia real como sobrino de Felipe IV *el Hermoso*²⁶. De hecho resulta evidente, desde un primer momento, la implicación personal de Felipe III en estas iniciativas, de las que se presentará como agente activo, principal valedor y el más decidido promotor, buscando la cooperación del resto de monarcas y grandes señores europeos. Así lo manifiestan algunos testimonios de la época, como el elogio del rey cruzado realizado por el papa Clemente VI en su carta de pésame a Juana II²⁷, o años antes el del gobernador de Navarra, Enrique de Sully, en el memorial destinado a poner el marcha el proyecto de 1329²⁸. En la misma línea puede inscribirse, entre las reformas legales ensayadas por el monarca en Navarra, el intento de recuperación en el *Amejoramiento del Fuero* de disposiciones anteriores más propias del tiempo de Reconquista. Se trata particularmente de la obligación de los obispos de Pamplona de aportar 100 caballeros en caso de invasión del reino o de guerra contra los moros, ocasión esta última en la que además el prelado debería tomar parte personalmente, que originó graves conflictos entre la Corona y la mitra iruñesa²⁹.

El proyecto de guerra contra el Islam con indulgencias de cruzada parecía claramente definido en 1329, orientado ya desde un primer momento contra el último reducto musulmán en el Occidente europeo —el reino de Granada— y fraguado durante la celebración en Amiens del homenaje de Eduardo III de Inglaterra a Felipe VI de Valois. Pero el apoyo inicial de los reyes de Francia, Bohemia, Inglaterra, Castilla, Aragón y Portugal y los principales notables europeos habría de truncarse prontamente con el aumento de la tensión entre Francia e Inglaterra y la retirada del apoyo pontificio³⁰. Igualmente frustrado habría de quedar el nuevo proyecto emprendido a partir de 1331, tras el regreso de Felipe III y Juana II a Francia, en el que el monarca navarro colaboró activamente con el Valois en su empeño por organizar una nueva Cruzada dirigida esta vez a Tierra Santa. Felipe III llegó a tomar incluso la cruz de cruzado en 1333, y con las ayudas concedidas por el papado y el apoyo del emperador y los monarcas inglés y húngaro, se

²⁶ MAHN-LOT, M., *Philippe d'Evreux, roi de Navarre (1328-1343)*, Paris: Ecole des Chartes, 1937. También CIGANDA ELIZONDO, R., Felipe III (en prensa).

²⁷ Bula *Non sine cordis*, publicada por RAYNALDO, O., *Annales ecclesiastici*, Colonia Agripinae: Ioannem Wilhelmum Friessem juniorem, 1691, vol. 16, año 1343, nota 37 (cit. GOÑI GAZTAMBIDE, J., *Historia de los obispos de Pamplona, II. Siglos XIV-XV*, Pamplona: Eunsa, 1979, p. 134).

²⁸ Archivo General de Navarra (en adelante AGN), Comptos, Documentos, caj. 31, núm. 7 (publ. MAHN-LOT, M., *Philippe d'Evreux, roi de Navarre, et un projet de croisade contre le royaume de Grénade (1329-1331)*, *Bulletin Hispanique*, 46 (1944), pp. 231-233). Allí se plasma *le grant affection et voullenté que vous [Felipe III] avez eu et encore avez au dit voiage de Granate faire et accomplir*, así como su afán desinteresado al ceder voluntariamente las conquistas realizables al monarca castellano.

²⁹ En profundidad, GOÑI GAZTAMBIDE, J., *Historia de los obispos*, pp. 110-112.

³⁰ MAHN-LOT, M., *Un projet de croisade*, pp. 227-231; y GOÑI GAZTAMBIDE, J., *Historia de la bula*, pp. 296-315.

movilizó un ejército comandado por los reyes de Navarra y Mallorca que recibió la bendición apostólica a comienzos de 1336 en Avignon. No parece que estas empresas implicaran ningún tipo de movilización o preparativos en Navarra, lo que resulta lógico por otra parte teniendo en cuenta su promoción desde la corte parisina y el volumen satisfactorio de combatientes movilizados por príncipes y soberanos europeos. En todo caso, los preparativos se demoraron y el proyecto quedó pronto reducido a la inacción cuando el mismo pontífice invitó a Felipe VI a no partir por la escalada de tensión con Inglaterra³¹.

2. El reino y la expedición a Algeciras de 1343

No será hasta 1343 que los esfuerzos del soberano alcancen finalmente sus objetivos. La firma de la tregua de Malestroit, al paralizar momentáneamente el conflicto anglo-francés, permitiría a caballeros de toda Europa involucrarse en la guerra que los castellanos desarrollaban intermitentemente desde años atrás con los benimerines marroquíes y nazaríes granadinos. La ocasión además era óptima tras la victoria de Alfonso XI de Castilla y Alfonso IV de Portugal sobre los musulmanes en la batalla del Salado (octubre de 1340) y el sitio de la plaza de Algeciras (1342), puerta hacia África vital tanto para Granada como para una potencial invasión desde las costas marroquíes. Caballeros ingleses dirigidos por Enrique de Láncaster, conde de Derby, y el conde de Salisbury, bearneses y franceses guiados por el conde de Foix y el vizconde de Castellón y un contingente de alemanes apoyarían las acciones dirigidas por las tropas castellanas, que llevaron el peso fundamental de la campaña³².

También Navarra aportó sus tropas, para lo cual el monarca se desplazó desde sus dominios septentrionales al reino peninsular. Las fuentes fiscales nos hablan únicamente de los cuantiosos préstamos solicitados por el monarca —especialmente en Viana y Estella— con los que se compraron caballos, provisiones, pabellones y armas, que fueron enviadas por mar desde Guipúzcoa³³. Quizá parte de estos dineros estuvo destinada igualmente a sufragar los gastos de los

³¹ COVILLE, Alfred, *Les premiers Valois et le début de la Guerre de Cent Ans (1328-1350)*, Paris: Tallandier, 1981 (reed.), pp. 22-23. El cronista Froissart dejó fiel constancia de estos hechos: KERVYN DE LETTENHOVE, J.B.M.C. (ed.), *Oeuvres de Froissart. Chroniques*, Bruselas: Devaux, 1867-1977, vol. 2, pp. 340-341; vol. 3, pp. 229-232, 237; vol. 5, pp. 252-253.

³² La campaña, desde la perspectiva navarra, ha sido estudiada por diversos autores: LACARRA DE MIGUEL, J.M., *Historia*, vol. 3, pp. 40-43; GOÑI GAZTAMBIDE, J., *Historia de la bula*, pp. 332-334; *Idem*, *Historia de los obispos*, pp. 129-135; MARTÍN DUQUE, Á.J. y RAMÍREZ VAQUERO, E., *El reino de Navarra*, p. 84; MIRANDA GARCÍA, F., *Reyes de Navarra, XIII. Felipe III y Juana II de Evreux*, Pamplona: Mintzoa, 1986, pp. 197-203.

³³ MUGUETA MORENO, I., *El dinero de los Evreux: hacienda y fiscalidad en el reino de Navarra (1328-1349)*, Pamplona: Gobierno de Navarra (en prensa).

contingentes movilizados en el reino, pero lo cierto es que en este sentido las noticias resultan ciertamente desalentadoras.

Para conocer estos efectivos se dispone únicamente de los datos aportados por la *Crónica de Alfonso XI*³⁴ que cuantifica la aportación en un centenar de caballeros y 300 peones, curiosamente la cantidad de combatientes que Felipe III había exigido aportar al obispo de Pamplona en las reformas legales propuestas³⁵. No resultan fiables, en este sentido, las cifras aportadas por una crónica italiana anónima compuesta en la segunda mitad del siglo XIV que cuantifica la aportación en 5.000 caballeros y 20.000 peones bajo mando del rey de Navarra³⁶, pues no responden a la realidad demográfica del reino ni a la auténtica capacidad de movilización del reino. El silencio a este respecto de las fuentes contables navarras incide en que debía de tratarse de un contingente ciertamente reducido que subraya, una vez más, la desvinculación de las fuerzas vivas de Navarra con los ideales aún vigentes en el ideario caballeresco de su soberano. El carácter indefectiblemente cristiano del reino y la consiguiente lucha contra el infiel, aunque ideario primigenio de la nobleza navarra y elemento identitario del propio reino –tal y como había quedado establecido en el preámbulo del *Fuero General de Navarra*, fijándolo en el ideario colectivo y ligándolo con el carácter «pactista» de la monarquía³⁷–, hacía tiempo que había quedado atrás. La realidad de Navarra era muy diferente en el segundo tercio del siglo XIV. Hacía tiempo que los límites del territorio habían quedado fijados entre Castilla y Aragón, perdiendo su carácter fronterizo con el Islam y desapareciendo las necesidades o posibilidades expansivas a su costa. El recuerdo más cercano a un compromiso en un enfrentamiento de este carácter se remontaba un siglo atrás, a la participación en las Cruzadas a Tierra Santa de los soberanos champañeses y en las que sólo de manera indirecta se había visto involucrado el espacio navarro. No sorprende por ello el escaso entusiasmo suscitado entre la nobleza navarra, que había olvidado hace mucho los deberes militares de la Reconquista y la defensa armada de la fe. De hecho, buena parte de los contingentes al servicio de Felipe III debían de proceder de los señoríos franceses del monarca, desde los

³⁴ *Crónica del muy alto et muy catolico rey don Alfonso el Onceno*, Madrid: Ediciones Atlas, 1953. Biblioteca de Autores Españoles, vol. 66.

³⁵ GOÑI GAZTAMBIDE, J., *Historia de los obispos*, p. 132. El mismo autor considera que el autor de la crónica tiende a minimizar la aportación, aunque estas cifras no deben variar mucho del volumen real de combatientes.

³⁶ Erróneamente además la crónica considera que estas tropas participaron en la batalla del Salado, lo que resulta suficiente para dar escasa credibilidad a la noticia (cit. GOÑI GAZTAMBIDE, J., *Historia de los obispos*, p. 129, nota 190).

³⁷ MARTÍN DUQUE, Á.J., *Del espejo ajeno a la mirada propia*. En Martín Duque, Ángel Juan (dir.), *Signos de identidad histórica para Navarra*, Pamplona: CAN, 1996, vol. 1, pp. 42-43.

que habrían vivido más directamente los preparativos de los diversos proyectos emprendidos desde 1328. Así parecen indicarlo los escasos datos aportados por la documentación contable navarra, que aporta los nombres de algunos combatientes y mensajeros –siempre de origen francés– que recibieron pagos directos vinculados a su participación en la campaña³⁸. Pero no fue menor la desafección de las más altas dignidades eclesiásticas, manifiesta en una clara negativa a participar en la campaña del obispo Barbazán y del abad de Montearagón y que deterioró notablemente las relaciones entre la Iglesia del reino y la Corona³⁹.

Sea como fuere, el contingente marchó del reino a mediados de junio de 1343 atravesando la frontera por Ágreda y tras casi un mes de marcha por la meteta castellana llegó a Sevilla, donde serían agasajados y acompañados por una representación de nobles castellanos hasta Jerez y finalmente al campamento de Alfonso XI establecido frente a Algeciras. Allí se instalaron junto a los franceses, situación muy reveladora de las fidelidades del monarca y la composición y relaciones de los grupos armados. El repentino fallecimiento del soberano en la campaña (26 de septiembre), apenas dos meses más tarde, limitó considerablemente su intervención. Es más, sólo puede documentarse un malogrado encuentro de las tropas navarras con una avanzadilla islámica junto al río Guadarranque, fracasada por la precipitación de los caballeros franceses del cuerpo expedicionario. La hueste del difunto regresó poco más tarde, entre finales de 1343 y los primeros meses de 1344⁴⁰. Supone, en todo caso, el cierre de una etapa bélica para Navarra, el colofón tardío de una dinámica superada tiempo atrás por las fuerzas militares del reino, cuya existencia cabe explicar principalmente a través de la particular personalidad del soberano y sus empeños idealistas.

III. CONTINGENTES NAVARROS EN LA GUERRA DE LOS CIEN AÑOS

Mucho mayor interés y relevancia presenta la intervención de tropas navarras en la guerra de los Cien Años por la dilatación temporal del esfuerzo, el volumen de participación, el carácter continuado de su presencia en Normandía, lo decisivo de sus intervenciones en la política internacional y las repercusio-

³⁸ Es el caso de los mensajeros Guillermo de Vitot, Adeneto de San Marcelo y Guillermo de Poha, y de los escuderos Pedro de Corvillier y Pedro Bonvillier, que permanecieron en Pamplona hasta su curación, de Colinet de la Ferté, que permaneció en Castilla, así como de otros miembros del séquito del monarca (AGN, Comptos, Registros, 1ª serie, núm. 48, ff. 157r.-v. y 174r.-v.)

³⁹ GOÑI GAZTAMBIDE, J., *Historia de los obispos*, pp. 135-137.

⁴⁰ A comienzos de noviembre habían llegado ya algunos caballos y combatientes, sin duda acompañando los restos mortales del monarca (GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de los obispos*, p. 135). Otros pagos, sin embargo, se realizan en base a los 266 días que habría durado la campaña (AGN, Comptos, Registros, 1ª serie, núm. 48, f. 174r.).

nes administrativas, sociales, económicas y políticas de estas campañas en el propio reino.

1. Política de los primeros Evreux e incipiente presencia navarra en Francia (1337-1352)

En la intervención de los primeros monarcas de la casa de Evreux y, en consecuencia, en la presencia de tropas navarras en la contienda cabe destacar tres etapas netamente diferenciadas, que suponen una presencia de contingentes peninsulares muy desigual entre unas y otras. La primera de ellas se extiende entre 1337 –fecha simbólica del comienzo de las hostilidades– y 1352, englobando los reinados de Felipe III, Juana II y los primeros años del de Carlos II. Viene caracterizada básicamente por el apoyo más o menos decidido a los Valois y una escasa presencia de tropas navarras.

Desde su instalación en el trono navarro en 1328, Felipe III de Navarra se mostró como fiel colaborador de su primo Valois, el nuevo soberano galo. Desde un primer momento permaneció a su lado como miembro del Consejo Real y par del reino, facilitando con su apoyo el relevo dinástico en Francia y las iniciativas de Felipe VI de Valois⁴¹. Una vez abiertas las hostilidades entre Francia e Inglaterra a raíz del decreto de confiscación de Guyena (1337), continuó junto al rey de Francia planificando la defensa ante la ofensiva inglesa y se encargó especialmente del frente meridional, desde el que desarrolló una importante actividad bélica. El monarca navarro no dudó en preparar sus dominios franceses y peninsulares para una posible intervención militar, y en varias ocasiones el gobernador de Navarra ordenó la movilización de hombres de armas en las comarcas próximas a Guyena, la Tierra de Ultrapuertos y la Merindad de Montañas, ampliada posteriormente a la Merindad de Sangüesa.

Sin embargo, pese a que algunas de las campañas emprendidas en años posteriores se llevaron a cabo en las proximidades de Navarra y de que el reino mantuvo siempre a punto su sistema defensivo, no puede apuntarse la presencia de navarros propiamente dichos en los combates de estos primeros años, quizá por la teórica neutralidad que el reino mantuvo con los vecinos ingleses⁴². Es el caso de las pequeñas campañas llevadas a cabo en el entorno gascón en 1339,

⁴¹ Froissart subraya en sus Crónicas el gran aprecio mostrado por Felipe VI de Valois hacia el monarca navarro, que lo acompañó en los más simbólicos y decisivos momentos de comienzos del reinado. Participó además en la hueste regia en las campañas de Buironfosse y Bouvines (KERVYN DE LETTENHOVE, J.B.M.C. (ed.), *Oeuvres de Froissart*, vol. 2, pp. 215, 226, 337-338, 425; vol. 3, pp. 43, 50, 55, 229-232, 237, 247-249, 313; vol. 17, pp. 37 y 73).

⁴² MIRANDA GARCÍA, F., Felipe y Juana, pp. 84-88.

en las que participó personalmente Felipe III junto al gobernador de Navarra, Renalt de Pont aunque sin tropas navarras a su cargo. La misma situación debió de reproducirse un año después cuando, tras la derrota francesa en L'Escluse y el consiguiente desembarco inglés, el rey de Navarra se hizo cargo desde Angulema del frente sur, dirigiendo con el obispo de Beauvais los esfuerzos franceses por avanzar hacia Burdeos⁴³. Por el contrario, algunos nobles navarros debieron de participar en 1341 a título personal en el conflicto abierto entre los condes de Foix y Armagnac, ya que Felipe III –que realizaba labores de vigilancia desde Angulema– prohibió a los súbditos navarros participar en esta contienda sin su permiso expreso⁴⁴.

Si hubo algún tipo de aportación navarra en este período, lo cierto es que tanto numérica como estratégicamente resultó individual, ocasional y escasamente relevante. Pero la importancia de estas operaciones en proximidad a las fronteras del reino radica en suponer el primer contacto indirecto del territorio y las armas navarras con el conflicto y servir de precedente inmediato a las futuras grandes campañas. Una implicación activa que no habría de tardar, al compás del paulatino deterioro de las relaciones entre las casas reales de Navarra y Francia a partir del fallecimiento de Felipe III.

Una primera intervención armada de grupos navarros parece significar el inicio de este distanciamiento entre Juana II y Felipe VI de Valois, sin llegar no obstante a la confrontación y oposición abierta característica de la etapa posterior. Efectivamente, tras la reanudación de las hostilidades en el frente de Guyena y el desembarco del conde de Derby en Burdeos, en diciembre de 1345 los ingleses ocuparon Angulema, posesión de la reina de Navarra. Organizada inmediatamente su recuperación, en ella habría de tomar parte un contingente navarro, el primero cuya presencia resulta sólidamente documentada en la contienda. La campaña había quedado al mando del heredero del trono galo y duque de Normandía, el futuro Juan II, pero éste contó para la misión con un grupo expedicionario enviado desde Navarra por orden de la reina y dirigido por el ricohombre Gil García de Yániz⁴⁵. Desgraciadamente no es posible conocer con más detalle ésta participación. Se desconoce tanto su composición, como el número de hombres que la integraban o las vías de reclutamiento, aunque en todo caso el grupo no debió de resultar excesivamente numeroso. Y teniendo en cuenta que Gil García de Yániz ejercía en esos mismos años como lugarteniente

⁴³ *Ibidem*, p. 87. *Idem*, *Reyes*, pp. 111-117.

⁴⁴ MIRANDA GARCÍA, F., Felipe y Juana, p. 88.

⁴⁵ Sobre el distanciamiento entre Juana II y Felipe VI, MIRANDA GARCÍA, F., Felipe y Juana, pp. 82 y 88-94. El mismo autor puso allí en conocimiento esta primera campaña, subrayando que resulta impensable la participación aislada de uno de los miembros de la alta nobleza del reino sin al menos un contingente de mesnaderos.

del gobernador en Ultrapuertos⁴⁶ y los antecedentes de 1337, no resultaría disparatado suponer una destacada presencia de combatientes de este origen.

Se trata en todo caso de una aportación ocasional. Habrá que esperar casi 10 años para que esta vinculación de la nobleza navarra con el conflicto anglo-francés sea estable y permanente, ya que los primeros años del reinado de Carlos II no presentan novedades respecto a esta dinámica. Es más, al igual que había ocurrido con las campañas emprendidas por Felipe III en el entorno gascón, tampoco el joven monarca contará con tropas navarras en las campañas dirigidas en 1351 contra los ingleses en Montreal-du-Gers (Agenais) como lugarteniente regio en Languedoc, para las que se serviría, tal y como resulta lógico, de tropas procedentes del propio sudeste francés⁴⁷. Poco después la colaboración entre Evreux y Valois habría de quebrarse de manera irreversible, significativamente tras el matrimonio de Carlos II con una hija de Juan II de Francia, Juana (febrero de 1352), que parece revelar la necesidad por parte del monarca galo de intentar reforzar la quizás frágil fidelidad del monarca navarro y que se convertiría, a corto plazo, en uno más de los motivos de insatisfacción de la familia real navarra por el impago de la dote de la novia.

2. La ofensiva navarra y los grandes desplazamientos de tropas (1353-1364)

En torno a 1353, tras el incumplimiento de las diversas compensaciones y promesas económicas y territoriales comprometidas por Juan II, el monarca navarro optará por métodos más expeditivos para la defensa de sus intereses, tomando conciencia de que la vía militar es la más efectiva a tal fin. En esta segunda etapa, marcada por una férrea oposición a los Valois ejercida desde posiciones claramente ofensivas, Carlos II precisará de todos los recursos disponibles en sus dominios, tanto en Normandía como en Navarra. En consecuencia, se suceden en Navarra las grandes levas de contingentes con destino a los distintos frentes abiertos en Francia⁴⁸.

⁴⁶ SEGURA URRRA, F., García de Yániz, Gil. En *Diccionario Biográfico Español*, Madrid: RAH (en prensa).

⁴⁷ VIC, Cl. de, *Histoire générale du Languedoc*, Paris: Privat, 1872-1892, vol. 9, pp. 627-628.

⁴⁸ No podría citarse aquí la abundante producción historiográfica relativa al reinado de Carlos II. No obstante, no pueden dejar de reseñarse como imprescindibles para una visión general los trabajos de DELACHENAL, R., *Histoire de Charles V (1338-1380)*, Paris: Picard, 1909-1931, vols. 1, 2 y 3; LACARRA DE MIGUEL, J.M., *Historia*, vol. 3, pp. 53-82; CHARON, Ph., *La principauté* (en prensa). Una síntesis fundamental del reinado con un repertorio bibliográfico en CIGANDA ELIZONDO, R., Carlos II. En *Diccionario Biográfico Español*, Madrid: RAH (en prensa). Para los itinerarios en Francia sigue siendo de gran utilidad el clásico trabajo de DENIFLE, H., *La Guerre de Cent Ans et la désolation des églises, monastères et hôpitaux en France*, Paris: 1899. Algunas publicaciones recientes aportan también nuevas perspectivas sobre el contexto. FOWLER, K., *Medieval Mercenaries. Volume 1, The*

Las limitaciones del servicio obligatorio contempladas en la legislación navarra y la necesidad imperiosa y urgente de contingentes militares obligarían a Carlos II y a la administración regia a buscar ingeniosas soluciones, que desembocarían a medio plazo en una auténtica revolución en la concepción del servicio militar navarro⁴⁹.

La primera de ellas fue la reinterpretación de la contribución militar como un elemento orientado al servicio personal al rey, empleada en los primeros reclutamientos. Obviamente el monarca correría con la manutención de las tropas y el pago de gajes, pero Carlos II encontraba así una nueva vía para reunir los efectivos necesarios en el norte de Francia. Es más, esta concepción sirvió asimismo para obtener del resto de grupos sociales del reino diversas cantidades monetarias a cambio de la exención del servicio, dando arranque por otra parte a las contribuciones extraordinarias que acabarán por ser habituales durante el reinado y que señalan el inicio y desarrollo de la fiscalidad «moderna» en Navarra.

La gran revolución vino finalmente con la introducción del servicio de armas voluntario y pagado, incidiendo de este modo como se ha señalado en una auténtica profesionalización de la guerra. El alistamiento podía llevarse a cabo de dos formas: en la más frecuente el noble movilizado, como capitán o jefe de la compañía, alistaba cuantas tropas pudiera conseguir gracias a su poder de convocatoria entre los miembros de su linaje y círculo de fidelidades; en otras ocasiones sería el propio monarca el que estipulaba de antemano el número de combatientes que cada capitán debía reunir, en cuyo caso la Corona concedía incentivos económicos para el alistamiento. En unos y otros la leva tiene como base la importancia de los vínculos familiares e influencias locales. Y aunque no resulta sencillo conocer en qué medida unos y otros se suceden en Navarra a lo largo de estos años, en líneas generales se observa una clara tendencia a un sistema basado exclusivamente en combatientes voluntarios que prestarían servicios militares al monarca a cambio de una soldada⁵⁰. Los miembros de la nobleza media navarra encontraron así en la dedicación a las armas una forma de vida profesional y especializada y una nueva fuente de ingresos con los que compensar sus disminuidas rentas tradicionales. El fenómeno permitiría además contar en el servicio con hombres no sólo de nobles del reino, en número creciente de Ultrapuertos, sino de guipuzcoanos, alaveses y en buen número también bearne-

Greath Companies, Oxford: Blackwell Publishers, 2001; y SUMPTION, J., *The Hundred Years War, I. Trial by Battle*, London: Faber & Faber, 1990; e *Idem*, *The Hundred Years War, II. Trial by Fire*, London: Faber & Faber, 1999.

⁴⁹ *Vid. supra*, nota 11.

⁵⁰ FERNÁNDEZ DE LARREA, J.A., *Guerra y sociedad*, pp. 61-71.

ses y gascones⁵¹. Se aprecia también, frente a esta «modernización» y aparición incipiente de las bases del servicio militar estable, el apego a las formas tradicionales de la guerra, manifiesto en el importante peso de la caballería, fundamento secular de las fuerzas ofensivas en Francia que había quedado en entredicho ante la fuerza del arco inglés en Crecy (1346) y que sería nuevamente derrotada, entonces bajo el peso de la infantería, en Poitiers (1356)⁵².

Con la perspectiva de estas sucintas líneas generales deben abordarse las grandes campañas de reclutamiento y movilización en Navarra con destino a Francia, que conviene recoger siquiera de forma genérica. Éstas se inician en 1353 cuando Carlos II ordena el envío de 30 hombres de caballo y 300 de a pie para reforzar las guarniciones de los castillos normandos. Es la primera remesa de combatientes de cierta relevancia desplazada a Normandía y la primera vez en que se acude de forma clara al reclutamiento voluntario. A la cabeza del mismo se encontraban diversos caballeros de Ultrapuertos y Gil García de Yániz, quienes consiguieron superar ligeramente la petición de la Corona. Y la remesa volvería a repetirse en otoño del mismo año con el reclutamiento de 300 hombres que marcharían en noviembre: 19 señores al frente de 76 hombres de armas y 216 de a pie. Entre ellos, de nuevo, muchos ultraportanos y otros tantos del círculo de fidelidades del entonces merino de Estella, Juan Ramírez de Arellano, pero también una compañía de 105 guipuzcoanos oñacinos y otra de alaveses, así como un pequeño grupo de moros ballesteros de Tudela⁵³. Eran años de tensión creciente, que desembocarían en el asesinato del condestable de Francia, Carlos de España, a manos de un grupo de partidarios del monarca navarro –entre los que se encontraban algunos caballeros navarros, según la tradición historiográfica local–, en la firma del frágil tratado de Mantes (febrero de 1354) y en una primera ofensiva militar de Juan II contra las posesiones normandas, rechazada satisfactoriamente por las guarniciones navarras asentadas en ellas (noviembre de 1354)⁵⁴.

⁵¹ FERNÁNDEZ DE LARREA, J.A., La participación de la nobleza guipuzcoana en la renta feudal centralizada: Vasallos y mercenarios al servicio de los reyes de Navarra (1350-1433). En Díaz de Durana, J. (ed.), *La lucha de Bandos en el País Vasco: de los Parientes Mayores a la Hidalguía Universal. Guipúzcoa, de los bandos a provincia (ss. XIV a XVI)*, Bilbao: UPV, 1998, pp. 261-321; *Idem*, *Cambios*, pp. 413-423; también FOWLER, K., L'emploi des mercenaires par les pouvoirs ibériques et l'intervention militaire anglaise en Espagne (vers 1361 - vers 1379). En Rucquoi, A. (ed.), *Realidad e imágenes de poder. España a fines de la Edad Media*, Valladolid: Ámbito, 1988, pp. 23-55.

⁵² CONTAMINE, Ph., *La guerre*, pp. 241-258. Los datos referentes a los contingentes navarros pueden confrontarse sistematizados en FERNÁNDEZ DE LARREA, J.A., *Guerra y sociedad*, pp. 99-119.

⁵³ FERNÁNDEZ DE LARREA, J.A., *Guerra y sociedad*, pp. 61-63, 66 y 99; HERREROS LOPEZTEGUI, S., *Mecanismos*, p. 640.

⁵⁴ La resistencia de Evreux, Pont-Audemer, Cherburgo, Gavray, Avranches y Mortain sorprendió a las tropas francesas que nada pudieron hacer ante la actitud de las tropas navarras. DELACHENAL, R., *Histoire de Charles V*, vol. 1, p. 88 y ss.

Pese a esta victoria momentánea, en 1355 las consecuencias del ataque a los Valois hacían peligrar la situación de Carlos II y éste fraguó una alianza con el duque de Láncastr para actuar de manera conjunta con los ingleses desde Normandía. En consecuencia, el monarca regresó desde Navarra al puerto de Cherburgo, donde desembarcó con un importante contingente compuesto por 53 capitanes, 166 hombres de armas y más de 1.500 de a pie alistados en junio y procedentes de toda la geografía del reino⁵⁵. Dirigidos en Francia por Martín Enríquez de Lacarra, alférez de Navarra, tras causar algunos daños en Normandía e intimidar al rey de Francia, permanecerían como refuerzo en las guarniciones normandas ante la paralización de la expedición inglesa y la firma final del tratado de Valognes (septiembre de 1355) entre Carlos II y Juan II⁵⁶.

Apresado el rey de Navarra por el Valois en 1356, fueron los hermanos del monarca quienes se hicieron cargo de la gestión de sus dominios y Navarra siguió contribuyendo con sus contingentes a la política ultrapirenaica de la familia condal de Evreux. Ese mismo año se fletaron naves para conducir nuevos contingentes a Normandía, que participaron sin duda con Felipe de Longueville en la cabalgada del duque de Láncastr que consiguió levantar provisionalmente el cerco francés impuesto a diversas plazas, algunas de ellas controladas asimismo por guarniciones navarras tales como Breteuil, capitaneada por Sancho López de Úriz⁵⁷. Sin embargo las noticias resultan mucho más ilustrativas al año siguiente, cuando tras diversos llamamientos se conseguía movilizar a 234 hombres de armas y 1.120 de a pie bajo el mando del alférez, de los cuales casi la mitad procedía de Ultrapuertos aunque los había también estelleses y guipuzcoanos⁵⁸. Sería el año de la liberación del monarca —en la que la historiografía navarra clásica destaca también la participación de grupos navarros—, y estos contingentes se integrarían con otros de diverso origen instalados durante meses a las afueras de París a la espera de emprender la ofensiva⁵⁹. Los preparativos para el enfrentamiento no cesaron, y en febrero de 1358 Carlos II solicitaba al

⁵⁵ HONORÉ-DUVERGÉ, S., Notes sur la politique économique de Charles le Mauvais en Navarre. En *Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Pirenaicos (San Sebastián, 1950)*. Tomo VI, sección V. *Historia, Arte y Derecho*, Zaragoza: Instituto de Estudios Pirenaicos-CSIC, 1952, p. 99, nota 23. GOYHENÈCHE, E., Bayonne, port d'embarquement des Navarrais vers la Normandie, *Les cahiers vernonnais*, 4 (1964), pp. 107-117; IDOATE, FL., Una expedición naval a Normandía en 1355. En *Idem*, *Rincones de la Historia de Navarra*, Pamplona: Diputación Foral de Navarra, 1956, vol. 2, pp. 84-89; FERNÁNDEZ DE LARREA, J.A., *Guerra y sociedad*, pp. 66 y 101.

⁵⁶ DELACHENAL, R., *Histoire de Charles V*, vol. 1., pp. 90-92 y 106-109.

⁵⁷ AGN, Comptos, Documentos, caj. 12, núm. 185, 4 y 5. Sobre la campaña, DELACHENAL, R., *Histoire de Charles V*, vol. 1, pp. 170-184 y 265-266.

⁵⁸ GOYHENÈCHE, E., Bayonne, pp. 109-110; FERNÁNDEZ DE LARREA, J.A., *Guerra y sociedad*, pp. 64, 67 y 102.

⁵⁹ DELACHENAL, R., *Histoire de Charles V*, vol. 1, pp. 323-326 y 334.

reino una vez más un nuevo contingente de 100 hombres de armas y 300 de a pie, ordenando a los concejos de las villas la designación entre sus habitantes de los destinados a dicha fuerza, signo más que probable del agotamiento paulatino del reino. La leva sin embargo obtendría buenos resultados con la movilización de 1.246 hombres de guerra que partían de Pasajes y San Sebastián a finales de marzo⁶⁰. Cuando ese mismo año estalle guerra abierta entre el rey de Navarra y el delfín de Francia, regente del reino, estas tropas dirigidas por Martín Enríquez de Lacarra acompañarán a Felipe de Longueville en sus incursiones, ocupando diversas plazas del Sena como Melun –a cuyo frente quedará y en donde residían las mujeres de la familia de Carlos II–, Mantes, Meulan y llegando incluso a presentarse ante los muros de Rouen en 1359⁶¹.

Las paces de Pontoise (1359) y Brétigny (1360) determinarán un alto en las grandes movilizaciones. Tan sólo en la primavera de 1364, tras un intento fallido en 1362, el alférez de Navarra y Jean de Grailly, capta de Buch y lugarteniente de Carlos II en Normandía tras el fallecimiento del infante Felipe, podrán dirigir un nuevo contingente compuesto por casi un millar de combatientes navarros destinados a reforzar las guarniciones normandas ante la inminente ofensiva francesa y que acabarán tomando parte en la batalla de Cocherel (mayo de 1364)⁶². La derrota y consiguiente ocupación de parte de las plazas normandas del navarro por Du Guesclin hicieron necesario que las tropas alistadas inicialmente para combatir en Borgoña se destinaran urgentemente a Normandía, pero el reino estaba ya exhausto: de los 9 nobles encargados del reclutamiento tan sólo 3 eran navarros, involucrando para el resto a 6 señores guipuzcoanos. En total, menos de medio centenar de hombres de armas y algo más de 300 peones dirigidos por Rodrigo de Úriz y que viajaron directamente a reforzar las guarniciones de los castillos de las tierras de Evreux. A ellos habrían de sumarse los 214 combatientes movilizados por Juan Ramírez de Asiain, Ramiro de Arellano y Miguel de Echauz, que marcharían con el infante Luis de Beaumont y las compañías de Foix a través de Aragón, Auvernia y Francia Central, antes de desviar su ruta con destino a Normandía, donde se encontraban ya a mediados de octubre y donde consiguieron recuperar, al menos en parte, algunas de las plazas ocupadas por los franceses⁶³.

⁶⁰ FERNÁNDEZ DE LARREA, J.A., *Guerra y sociedad*, pp. 63-64.

⁶¹ DELACHENAL, R., *Histoire de Charles V*, vol. 1, pp. 420-441; vol. 2, pp. 7-20, 42-45, 85-86, 109-131.

⁶² En contra de la opinión de HONORÉ-DUVERGÉ, S., *Participation*, pp. 99-106, de que no participaron navarros en la batalla, ésta quedó corroborada por LARRÁYOZ DE ZARRANZ, M., *Eco de la batalla de Cocherel en los documentos de comptos reales de Navarra, Príncipe de Viana*, 96 y 97 (1964), pp. 253-276. También FERNÁNDEZ DE LARREA, J.A., *Guerra y sociedad*, pp. 67-68 y 103.

⁶³ GOYHENÈCHE, E., *Bayonne*, pp. 110-111; LARRÁYOZ DE ZARRANZ, M., *Eco*, pp. 268-270; FERNÁNDEZ DE LARREA, J.A., *Guerra y sociedad*, pp. 67-68 y 104-105; DELACHENAL, R., *Histoire de Charles V*, vol. 3, pp. 126-143.

En total, más de 6.500 reclutamientos y desplazamientos a Normandía en apenas 10 años. Cierto es que estas cifras resultan matizables, sobre todo si tenemos en cuenta que gran parte de los jefes de los grupos militares aparecen en repetidas ocasiones. En todo caso estas cifras, con campañas anuales que alcanzan los 1.800 desplazados, dan por sí mismas una idea de la importancia y trascendencia política, social y económica para un reino de recursos demográficos limitados. Tales contingentes permiten además el desarrollo de grandes iniciativas bélicas, pero sobre todo disponer en las guarniciones de los contingentes necesarios para garantizar la seguridad. La coyuntura político-militar y distanciamiento físico incitaban casi de manera natural a la permanencia de al menos una parte de estos efectivos.

3. Repliegue defensivo y consolidación de la presencia navarra (1364-1378)

La derrota de Cocherel en 1364 y la firma del llamado tratado de Avignon en 1365 marcan el inicio del declive de Carlos II. Con la pérdida de peso específico en Francia como alternativa a la política desarrollada por los Valois, la apertura de dos frentes bélicos simultáneos en la Península Ibérica y en Normandía y con unos territorios económica y demográficamente agotados, la iniciativa de Carlos II en el territorio galo dará paso a una etapa de marcado carácter defensivo⁶⁴. Resultará imposible el envío masivo desde Navarra de nuevos grupos de combatientes, pero muchos de los hombres desplazados anteriormente continuarán prestando sus servicios en Normandía hasta la confiscación de las posesiones en 1378 y puntualmente en el caso de la ciudad portuaria de Cherburgo hasta su renuncia en 1404⁶⁵.

Estas tropas jugarán entonces un papel clave en la supervivencia de los dominios normandos, defendiendo el territorio frente a la amenaza francesa y

⁶⁴ Además de la bibliografía citada en la nota 48, para esta etapa resulta necesarias las aportaciones recientes de CHARON, Ph., *Relations entre les courts de France et de Navarre en 1376-1377*, *Bibliothèque de l'École des Chartes*, 150 (1992), pp. 85-107; e *Idem*, *Contribution à l'histoire des principautés territoriales en France à la fin du Moyen Age. L'exemple de la principauté d'Evreux, 1298-1378*, *Journal des Savants*, 5ª serie, 68 (1995), pp. 145-177. También, CIGANDA ELIZONDO, R., *Navarros*, pp. 29-57 y 75-100.

⁶⁵ A este respecto, CHARON, Ph., *La principauté* (en prensa), así como BAUDOT, M., Charles le Noble, «roi de Cherbourg» (1387-1404) et les relations navarro-normandes de 1387 à 1430, d'après les comptes du Trésor de Navarre, *Bulletin Philologique et Historique*, 1 (1969), pp. 193-259. Carlos II cedió a los ingleses la ciudad tras quedar ésta como único reducto de control navarro tras la confiscación de 1378; muerto el monarca, Carlos III inició las negociaciones con los ingleses para su restitución a partir de 1390 y al menos desde 1393 Cherburgo contaba de nuevo con una guarnición navarra y lo haría hasta 1404, fecha de la renuncia formal de Carlos III a sus derechos al condado de Evreux y los territorios normandos, intercambiados por el ducado de Nemours.

procurando seguridad ante las incursiones de las compañías de *routiers* y de los ingleses acantonados en el corazón mismo de las posesiones del monarca navarro.

Guarniciones navarras estarán, de este modo, al frente de las principales fortificaciones normandas. No era algo nuevo, pues algunos capitanes navarros con sus respectivas compañías habían ejercido el control de determinadas plazas durante el período anterior. Pero durante esta etapa su presencia resulta mucho más numerosa, estable y continuada. Constituyen entonces no una mayoría numérica, pues no ocupan la mayor parte de las fortalezas, pero sí una mayoría cualitativa, ya que a su cargo se encuentran de manera continuada tanto las plazas más importantes y estratégicas como aquellas cuyas guarniciones resultaban más numerosas y nutridas⁶⁶. Es el caso de la capital condal, Evreux, cuyo castillo custodiarán las tropas navarras dirigidas por el ultraportano Guillermo Arnaldo de Saut sin solución de continuidad entre 1365 y 1378. También el de Breteuil, bajo mando de Pedro de Úriz en 1364 y de García Arnaldo de Salinas entre 1366-1377.

Es, sin embargo, Baja Normandía el territorio más duramente castigado por las compañías de *routiers*, las presiones de la administración de los Valois y las acciones intermitentes de las compañías inglesas establecidas en Saint-Sauveur-le-Vicomte, y donde esta presencia se hace más destacada. Allí la cabeza de la red de fortificaciones estratégicas y el más imponente recinto defensivo de los dominios normandos, el puerto de Cherburgo, estará sistemáticamente controlado por guarniciones navarras ya desde 1357, con capitanes como Miguel Sánchez de Ursúa y Juan Ruiz de Aibar, Martín Paulet, Fernando de Ayanz, Eneco Ruiz de Aibar o Ramón de Esparza⁶⁷. Lo mismo ocurre con Mortain, cabeza de su propio condado y avanzadilla meridional de las posesiones de Carlos II, donde se encuentran sucesivamente capitanes como Martín Jiménez, Miguel de Echauz, Martín Ibáñez de Baztán, Miguel de Larramendi, Ramiro de Zufía, Lope de San Julián o Fernando de Ayanz. También es el caso de Avranches, segunda plaza en importancia y centro logístico de Baja Normandía, a cuyo frente se repiten algunos de los hombres ya citados como Juan Ruiz de Aibar, Fernando de Ayanz y Miguel Sánchez de Ursúa.

Tropas navarras controlaron igualmente otras posiciones estratégicas en momentos clave y de manera ocasional, buena prueba de la alta estima que las autoridades condales de Evreux manifestaron hacia los contingentes navarros por su fidelidad y buen servicio militar. De este modo los hermanos Adán y

⁶⁶ CIGANDA ELIZONDO, R., *Navarros*, pp. 205-214; CHARON, Ph., *La principauté* (en prensa).

⁶⁷ CHARON, Ph., *La principauté* (en prensa), incorpora listados completos de las capitánías de las fortalezas, en los que se pueden confrontar los datos aquí aportados.

Martín Ruiz de Aibar controlaron en los momentos más críticos de los años 60 el castillo de Bricquebec, fortaleza clave para garantizar la seguridad y el acceso a la península de Cotentin. Lo mismo ocurrió con Carentan, cabeza de uno de los vizcondados bajonormandos, controlado por Fernando de Ayanz y Eneco Ruiz de Aibar. Cotentin, la península septentrional de Normandía, enclave estratégico por su situación de cabeza de puente entre las costas inglesas y la cuenca del Sena, se convirtió de este modo durante décadas en reducto exclusivo de las tropas navarras y refugio seguro del monarca, que en sus estancias en Normandía en este período prefirió habitualmente residir en Cherburgo antes que en la capital administrativa, Evreux. Tropas del mismo origen controlaron igualmente el castillo de Pont-Audemer, cabeza de uno de los vizcondados más rentables de Alta Normandía, así como el de Gavray, cabeza de la administración condal en otro vizcondado bajonormando, Coutances, en el que la Corona de Francia se había reservado el control de la capital. Combatientes navarros se encontraron al frente, también de forma esporádica o al menos sólo así es posible documentarlos, de las milicias urbanas con las que las poblaciones normandas contribuían a la defensa del territorio. Así lo hicieron bajo el cargo de condestables de las respectivas ciudades Fernando de Ayanz en Cherburgo en 1357, Eneco Ruiz de Aibar en Avranches en 1365 y un tal Juan de Navarra en Mortain en 1367⁶⁸.

Hubo, por último, auténticas compañías itinerantes navarras, profesionales de la guerra constituidos en grupos con una cabeza visible –capitán– que ofertaron sus servicios militares a cambio de una paga determinada. Grupos como los dirigidos por Beltrán de Salinas, Graciot de Echaz o Miguel Datiz deambularon de esta forma por Normandía y fueron habitualmente contratados por la administración condal para acudir a diversas campañas de escaso alcance emprendidas contra ocupantes ingleses y bretones⁶⁹.

Por desgracia, la información aportada por las fuentes documentales resulta sumamente parca a la hora de entender el funcionamiento interno de estos grupos y sus hábitos de comportamiento. Surge entonces el problema de la cohesión interna de estas compañías, puesto que no conocemos su composición detallada al no disponer de listados similares a los conservados para los reclutamientos en Navarra del período anterior. En todo caso parece que los grupos movilizados mantuvieron la unidad originaria siempre que resultó posible y que los jefes de guerra conservaron bajo su mando en buena medida y de forma más o menos estable a los mismos hombres que habían reclutado, o al menos a aquellos que optaron por permanecer en Normandía al finalizar las grandes campañas. El pago regular de las soldadas, la durabilidad de la presencia navarra

⁶⁸ CIGANDA ELIZONDO, R., *Navarros*, pp. 210-211.

⁶⁹ *Ibidem*, pp. 214-230.

en aquellas tierras y la autoridad moral y militar de los capitanes navarros así parece indicarlo⁷⁰.

Con todo, estas gentes no arraigaron en el tejido social normando y la confiscación de las posesiones emprendida por Carlos V de Valois en 1378 truncó bruscamente esta presencia. Las crónicas contemporáneas subrayan una y otra vez la decidida resistencia de las guarniciones navarras y la fidelidad a su soberano, hecho que no sorprende a la luz de la responsabilidad militar depositada en ellos por Carlos II y que contrasta con los casos de traición de varios nobles normandos que acabaron por abandonar al rey de Navarra. El alejamiento de sus tierras de origen y su implantación en una realidad lingüística y culturalmente diferentes desempeñaron, sin duda, un papel importante en este sentido. Y es que las mismas fuentes no dejan lugar a dudas sobre la consideración de las tropas navarras. Se trata en todo caso de extranjeros y además, por su labor de brazo ejecutor de la política de oposición a los Valois en un momento de formación del espíritu nacional como consecuencia del enfrentamiento anglo-francés, de tropas extranjeras enemigas del reino homologables a las de los soberanos ingleses. Sin duda no cabía otra opción, tras décadas de enfrentamiento, y estos grupos fueron inmediatamente expulsados tras la confiscación de 1378, cuando no ajusticiados o apresados por los delitos cometidos⁷¹. Al igual que las tropas francesas, los navarros no se diferenciaron demasiado en su comportamiento de los excesos cometidos por las bandas de *routiers* que asaltaban y saqueaban cuanto encontraban a su paso, aunque por sus compromisos políticos y fidelidades éstas acciones se dirigieron hacia las poblaciones normandas controladas por los Valois⁷². Indudablemente estas acciones no contribuyeron a su arraigo en el territorio. No eran para la Corona francesa sino uno más de los peligrosos grupos de combatientes extranjeros presentes en el reino y cuya desaparición convenía lo más rápidamente posible para restablecer la paz y la seguridad. Tan sólo, como se ha mencionado, el control del puerto de Cherburgo permitiría perpetuar nominal y puntualmente esta presencia desde su recuperación de manos de los ingleses en 1393 hasta la renuncia definitiva de Carlos III en 1404.

⁷⁰ *Ibidem*, pp. 232-249.

⁷¹ Carlos V ordenaba la expulsión el 2 de diciembre de 1378 para aquellos que aún permanecían en Francia, ya que meses atrás Miguel Sánchez de Ursúa, capitán de Avranches, Eneco Ruiz de Aibar, capitán de Carentan, Pedro de Lumbier y Guillermo Arnaldo de Saut, castellano de Evreux, se habían marchado con sus hombres gracias a las ayudas procuradas por el infante Carlos, futuro Carlos III (CHARON, Ph., *La principauté*, en prensa). Sobre la consideración de estos grupos, BILLOT, Cl., *L'assimilation des étrangers dans le royaume de France aux XIV^e et XV^e siècles*, *Révue Historique*, 270 (1983), pp. 273-296; e *Idem*, *Les mercenaires étrangers pendant la Guerre de Cent Ans comme migrants*. En *Le combattant au Moyen âge*, Nantes: CDI, 1991, pp. 279-286.

⁷² *Vid.*, por ejemplo, CIGANDA ELIZONDO, R., *Navarros*, pp. 300-306.

4. Mercenarios navarros en el conflicto internacional

Un último aspecto al que no se han dedicado los estudios parciales que resultarían deseables merece siquiera una breve mención, la presencia de mercenarios navarros en el conflicto. Algunos de los combatientes navarros acabaron por vincularse directamente al conflicto anglo-francés a título individual y fuera ya de los servicios contractuales fijados con su soberano, actuando como mercenarios entre los contingentes de los monarcas ingleses. Diversos factores explican satisfactoriamente esta situación, además de los ya comunes en las campañas observadas: en primer lugar, la profesionalidad de estas tropas y su experiencia en el mismo enfrentamiento, procuradas ambas por la previa participación en alguna de las campañas emprendidas por Carlos II. De hecho ya se ha citado como algunos de estos combatientes prestaban este mismo tipo de servicios contractuales esporádicos a las autoridades condales de Evreux, y no resulta extraño que una vez de regreso en Navarra o incluso en la propia Francia acaben ofreciendo estos mismos servicios a las autoridades inglesas, quedando contractualmente vinculados con ellas. Pero también resulta evidente la proximidad geográfica y política de Navarra e Inglaterra a través de la administración gascona. Como territorio bajo control inglés, Aquitania ofrecía a los combatientes navarros que habían regresado al reino la oportunidad cercana de prestar allí sus servicios; y sin duda las distintas ofensivas emprendidas por los Valois animaban a las autoridades inglesas a contar con todos los efectivos que pudieran. Además las relaciones entre ambas administraciones no sólo resultaban naturales desde Navarra (baste recordar la neutralidad del reino pese al incondicional apoyo de Felipe III a Felipe VI de Valois) sino que desde 1355 los contactos entre Carlos III, Eduardo III y el Príncipe de Gales eran habituales y los acuerdos de colaboración frecuentes. Y al igual que resulta habitual la inclusión de caballeros gascones entre las filas del navarro, parece presumible la presencia continuada de algunos «aventureros» navarros en los ejércitos ingleses así como en los de otros grandes señores y parientes del monarca navarro.

El hecho apenas ha llamado la atención de los historiadores⁷³, aunque los archivos ingleses deben contener a este respecto una rica y variada información. De hecho algún autor ya ha aportado algún dato que refuerza estas ideas, como la vivida en 1357 cuando Martín de Larramendi debió marchar a Gascuña para solicitar a los combatientes navarros que se encontraban allí en el servicio inglés su alistamiento en la fuerza expedicionaria que el alférez conduciría a Cherburgo y poder cumplir así con la movilización exigida por Carlos II en Navarra. O

⁷³ En este sentido cabe reseñar únicamente el ya citado trabajo sobre Juan de Artajo de WALTER, S., Janico Dartasso, pp. 31-51.

como cuando pocos años después, en 1361, el señor joven de Agramont marchó a Béarn al servicio del conde de Foix, cuñado del monarca y entonces nuevamente en guerra con el señor de Armagnac. También en 1387, ya bajo el reinado de Carlos III y con el respaldo económico de la Corona, dos escuderos navarros se unieron a las gentes de armas del duque de Borbón cuando sus compañías abandonaban la Península Ibérica tras la tregua acordada entre el duque de Lancaster, el rey de Portugal y Juan I de Castilla⁷⁴. Son, sin duda, simples pero sugestivos apuntes de la dinámica de las armas navarras, de sus combatientes y su vinculación individual en los conflictos internacionales.

IV. EXPEDICIONES EN LOS CONFLICTOS PENINSULARES

Pese a que los intereses y objetivos principales de los primeros Evreux se centraron en Francia, éstos nunca olvidaron la política peninsular. No podía ser de otro modo en un contexto convulso como el que vivirán los reinos hispánicos en el siglo XIV. Ahora bien, atendiendo a estas mismas prioridades, tanto los reinados de Felipe III y Juana II como la primera etapa del reinado de Carlos II vienen caracterizados por la búsqueda de la neutralidad en ese escenario, dejando así vía libre para destinar recursos humanos y económicos al frente francés⁷⁵. Incluso cuando estas relaciones tanto con Castilla como con Aragón sufran cierto grado de deterioro, éstas no conllevarán grandes iniciativas externas sino acciones defensivas en el entorno de las fronteras del reino y teniendo su territorio como base de operaciones. Y cuando Carlos II se implique de manera directa en la política peninsular, se verá condicionado primero por la coexistencia simultánea de dos frentes –el francés y el nuevo abierto ante Aragón o Castilla– hasta 1378, y más tarde por la derrota en ambos escenarios y la obligada sumisión a los dictámenes de la corte trastamara.

No se encontrarán por ello en la Península esfuerzos continuados y estructurales como los observados para Francia. Los casos de empresas militares exteriores resultarán esporádicos y ocasionales, respondiendo a coyunturas concretas y esfuerzos limitados fruto de los compromisos diplomáticos adquiridos por el monarca. Sin embargo, como espacio de relaciones naturales e históricas de

⁷⁴ FERNÁNDEZ DE LARREA, J.A., *Guerra y sociedad*, pp. 76-77. El mismo autor aporta también algunos datos de combatientes vinculados a otros señores franceses, ya a comienzos del siglo XV, en diversas campañas emprendidas por éstos (*Ibidem*, pp. 71-72).

⁷⁵ MIRANDA GARCÍA, F., *Reyes*, pp. 178-183; también AZCÁRATE AGUILAR-AMAT, P., Carlos II de Navarra y los avatares de la política hispánica: la etapa de no beligerancia (1349-1361), *Príncipe de Viana*, 193 (1991), pp. 107-138; e *Idem*, Las relaciones castellano-navarras bajo los primeros Evreux (1328-1387). Balance historiográfico y perspectivas de investigación, *Hispania: Revista española de historia*, 175 (1990), pp. 883-901.

Navarra, resultará mayor la implicación de grupos de combatientes *motu proprio*, sin responder a iniciativas de la Corona –e incluso en ocasiones desafiando sus órdenes– aunque su comportamiento responde esencialmente a las mismas dinámicas y características expuestas para el resto de campañas internacionales.

La política de neutralidad navarra consiguió eludir hasta la firma de la paz de Terror (mayo de 1361) un compromiso formal tanto con Pedro IV de Aragón como con Pedro I de Castilla en la llamada Guerra de los dos Pedros. O al menos así fue de manera oficial, y por ello el infante Luis, gobernador de Carlos II en Navarra, decidió prohibir expresamente a sus súbditos que tomaran parte activa en el conflicto, en cualquiera de sus dos bandos, pretextando además la «grant neçessitat de gentes d’armas de cauaillo e de pie para el servicio del Rey nuestro seynnor» en Francia, evidentemente⁷⁶. Sin embargo parece evidente que la orden no resultó efectiva, pues pese a los pregones de 1357, dos años más tarde tuvo que reiterarse de nuevo el mandato y su publicación. De hecho, pese a las prescripciones y amenazas, fueron relativamente numerosos los navarros que lucharon en esos años de teórica neutralidad entre las filas aragonesas, actuando no obstante bajo su propia responsabilidad. Los compromisos y fidelidades de los señores navarros en un territorio geográfica e históricamente afín y cercano al reino debieron guiar, más que el afán de lucro o el espíritu aventurero, la intervención del baile de Tudela, Juan de San Martín, o del escudero Pedro Jiménez de Ugarra, alcaide del castillo de Andosilla –éste formando parte de las tropas del arzobispo de Zaragoza– y quizás también la de Juan Ramírez de Arellano y otros cuatro mesnaderos navarros con los que se encontraba en Aragón en marzo de 1357⁷⁷.

Estas intervenciones a título individual no comprometieron la posición neutral del monarca navarro y no fue hasta 1362 que Carlos II se vio obligado a participar activamente en el conflicto, forzado por la alianza sellada con Pedro I de Castilla en mayo de ese mismo año⁷⁸. En virtud del mismo y bajo la amenazante presencia del ejército reunido por el monarca castellano que podía disponerse contra Navarra, Carlos II debió acceder a procurar su apoyo en la recuperación las fortalezas tomadas por el aragonés, procediendo a la conquista de algunas plazas fronterizas (Salvatierra de Esca, Ruesta y Escó)⁷⁹. El mismo

⁷⁶ AGN, Comptos, caj. 12, núm. 159 (27 de septiembre de 1357).

⁷⁷ AZCÁRATE AGUILAR-AMAT, P., Carlos II de Navarra, pp. 112-114.

⁷⁸ Prueba de que estos comportamientos individuales no hicieron peligrar la neutralidad, al menos por el momento, es que finalmente no se llevaron a cabo las prescripciones y amenazas realizadas (*Ibidem*, pp. 115-119). En cuanto al acuerdo de Estella, sus causas y consecuencias, LACARRA DE MIGUEL, J.M., *Historia*, vol. 3, pp. 68-73.

⁷⁹ ZABALO ZABALEGUI, J., La participación navarra en la guerra de los dos Pedros (julio de 1362 - abril de 1363). En *Primer Congreso General de Historia de Navarra (Pamplona, 1986)*, Pamplona: Gobierno de Navarra, 1987, vol. 3, pp. 685-692.

compromiso habría de obligar a la organización en la primavera de 1363 de la campaña de Murviedro que, dirigida por el infante Luis, llevó a los expedicionarios navarros y castellanos hasta Sagunto⁸⁰. Sorprendentemente estos acontecimientos habrían de procurar las más elevadas cifras de efectivos militares movilizados durante la Edad Media en Navarra, con el reclutamiento de 493 hombres de armas, 1 arquero y 2.795 hombres de a pie en 1362 y 425 hombres de armas y 855 de a pie en la campaña desarrollada en tierras valencianas. A buen seguro la obligación de pago de diversas sumas para aquellos hidalgos y labradores que no desearan tomar parte en la campaña y el incentivo de una elevada soldada en caso de participación, de 10 florines/mes por hombre de armas y 4 florines/mes por hombre de a pie, motivaron estas elevadas cifras de movilización⁸¹.

Pocos años más tarde, en 1367, sería Castilla el escenario de una nueva campaña exterior al convertirse ésta en escenario renovado del conflicto internacional entre Francia e Inglaterra por las implicaciones de la guerra civil entre petristas y trastamaristas. Obligado Carlos II por sus ambivalencias diplomáticas a tomar partido entre uno y otro bando, tropas navarras acabarán vinculándose de forma más o menos directa en ambos frentes en la campaña dirigida por Inglaterra para restituir a Pedro I en el trono castellano y que concluiría de forma temporal con una victoria petrista en las proximidades de Nájera⁸². No obstante, al tratarse de una campaña promovida por una iniciativa externa y sufragada en consecuencia por administraciones ajenas al reino, la documentación navarra no permite precisar esta aportación. En este sentido contamos únicamente con el verídico testimonio de Pedro López de Ayala, según el cual 300 lanzas navarras dirigidas por el alférez del reino, Martín Enríquez de Lacarra, formaron parte del ejército petrista junto a los ingleses del duque de Láncaister, John Chandos, Robert Knolles, el senescal de Aquitania Thomas de Felton y su hermano el senescal de Poitou, los gascones de los condes de Albret y Armagnac y el Captal de Buch, el cuerpo expedicionario de Jaime III de Mallorca, las tropas del vizconde de Foix, los castellanos fieles a Pedro I y diversos mercenarios de la Gran Compañía⁸³.

Una implicación a este nivel no habría de repetirse. Con una Castilla poderosa y omnipresente que dictaba los comportamientos de Navarra tras la definitiva victoria trastamarista en Montiel, la alianza impuesta al reino en 1373 y

⁸⁰ ZABALO ZABALEGUI, J., Participación navarra en la guerra de los dos Pedros: la expedición a Murviedro de 1363, *Príncipe de Viana. Anejo 3 (Homenaje a don José María Lacarra)*, Pamplona: Gobierno de Navarra, 1986, pp. 777-784.

⁸¹ FERNÁNDEZ DE LARREA, J.A., *Guerra y sociedad*, pp. 65 y 67.

⁸² LACARRA DE MIGUEL, J.M., *Historia*, pp. 97-101; CIGANDA ELIZONDO, R., *Navarros*, pp. 15-28.

⁸³ Recoge LACARRA DE MIGUEL, J.M., *Historia*, pp. 97-98.

la anulación de cualquier atisbo de autonomía diplomática tras la invasión del reino de 1378, con una situación en Francia que no podía ser sino defensiva y que quedaría liquidada en ese mismo año, y con un reino exhausto económica y demográficamente, no cabían ya grandes iniciativas militares en el exterior para respaldar algún tipo de ambición internacional irrealizable. Tan sólo en 1384-1385 el infante heredero Carlos sería capaz de movilizar un pequeño destacamento en sendas campañas para acudir en apoyo de su cuñado, Juan I de Castilla, a Portugal con ocasión del conflicto abierto con la sublevación de Lisboa y la apropiación del trono luso por parte del Maestre de Avis. Y aun contando con el voto de confianza castellano y acudir en su apoyo, la presencia navarra resultaría prácticamente testimonial, figurando tan sólo 40 lanzas en la campaña de 1385 mientras que en la del año siguiente eran 60 hombres de armas a los que posteriormente se uniría un número indeterminado de almogáraves⁸⁴. Lejos quedaban las grandes cifras de años pretéritos movilizadas para acudir a Francia e incluso las de los contingentes destinados a Albania. Parecía claro el fin de una época ambiciosa en la que el reino, en una coyuntura crítica, había realizado de manera sistemática unos esfuerzos titánicos.

V. COMPAÑÍAS NAVARRAS EN ALBANIA Y GRECIA

Por último, se debe hacer referencia al más conocido de los episodios de las campañas exteriores navarras en el siglo XIV: las compañías que actuaron en Albania y Grecia. Es probablemente el más sorprendente de los casos de combatientes navarros en Europa y por ello, quizá, el más trabajado por los historiadores catalanes e ingleses⁸⁵. Sin embargo, pese al inicial desconcierto que pudiera suscitar, esta presencia debe entenderse bajo la dinámica de las líneas generales ya apuntadas y en la coyuntura política reseñada.

Baste recordar aquí los hitos principales. En 1366, en virtud del tratado de Avignon, Luis de Beaumont contraía matrimonio con Juana de Sicilia,

⁸⁴ FERNÁNDEZ DE LARREA, J.A., Las estructuras de la guerra en la Navarra del siglo XIV. Las campañas portuguesas de 1384-1385, *Anuario de Estudios Medievales*, 19 (1989), pp. 393-404.

⁸⁵ El tema ha sido objeto de diversos estudios, aunque el trabajo de referencia sigue siendo el de RUBIÓ Y LLUCH, A., *Los navarros en Grecia y el ducado catalán de Atenas en la época de su invasión*, Barcelona: Imprenta de Jaime Jepús, 1886; *Idem, Conquista de Tebas por Juan de Urtubia: (episodio de la Historia de los navarros en Grecia)*, San Sebastián: Diputación de Guipúzcoa, 1923; e *Idem, Los catalanes en Grecia. Últimos años de su dominación. Cuadros históricos*, Madrid: Voluntad, 1927. Hay dos buenas síntesis, en las que se podrá encontrar referenciado abundante material bibliográfico, en LACARRA DE MIGUEL, J.M., *Historia*, vol. 3, pp. 154-158; y GALLEGU, J. y NIETO, J. I., *Los navarros en Grecia*. En Martín Duque, Á. J. (dir.), *Gran Atlas de Navarra, II. Historia*, Pamplona: CAN, 1986, pp. 93-95.

princesa de la casa de Anjou y duquesa de Durazzo, en la costa adriática. El matrimonio comprometía al infante navarro a la recuperación del territorio de su esposa, ocupado en 1368 por los albaneses en ausencia de la duquesa que residía en Nápoles. Decidido a recuperarlo, el infante preparó una expedición, para la que solicitó ayuda a su hermano Carlos II, quien inició pronto los preparativos, procediendo a las mayores levadas en 1375-1376 y financiando personalmente la movilización de un centenar de hombres de armas. Finalmente el grupo estuvo compuesto sobre todo por navarros de Ultrapuertos y organizado en cuatro compañías con sus respectivos jefes: Juan de Urtubia, Mahiot de Coquerel, Pedro de Laxague y Garro⁸⁶. Pero una vez recuperado militarmente el ducado, los contingentes se vieron sorprendidos por la repentina muerte de Luis, con lo que quedaron desligados del servicio a su viuda, casada en nuevas nupcias con Roberto de Artois. Negociaron entonces con Pedro IV de Aragón, favorable a tomarlos a su servicio y ocuparlos en sus dominios. Algunos así debieron hacerlo y regresaron pronto a Navarra, como Pedro de Laxague, pero la mayor parte pasaron al principado de Acaya, en la península del Peloponeso, donde entraron al servicio de los Hospitalarios en el verano de 1378 con un contrato de servicio de 8 meses en dos compañías dirigidas entonces por Urtubia (100 hombres) y Coquerel (50 hombres)⁸⁷. Acabado el servicio contractual, los grupos militares se dividieron. Las tropas de Urtubia pasaron al Ática, donde con el apoyo de los Hospitalarios y de los barones desconformes con el dominio aragonés conquistaron Tebas (1379) y luego Livadia y Atenas (1380), plazas que controlarían hasta 1382⁸⁸.

El resto de las compañías navarras permanecieron en el Peloponeso bajo el mando de Coquerel, y a ellos se sumaron pronto algunos de los hombres de Urtubia. Allí reconocieron a Jaime de Baux, pretendiente al trono imperial de Bizancio y príncipe nominal de Acaya, donde consiguieron hacerse auténticos dueños del principado. De hecho Coquerel fue nombrado baile del principado y otros de los jefes navarros capitanes del mismo, recibiendo asimismo los más importantes feudos arrebatados a los rebeldes. Siendo los capitanes navarros quienes ejercían de hecho el gobierno y control del territorio, la soberanía de los príncipes de Acaya resultaba meramente nominal y los diversos pretendientes procuraron atraerse a los jefes de las compañías navarras. Actuaron así sucesivamente al vaivén de los avatares, aliándose primero con la casa de Anjou (1383)

⁸⁶ FERNÁNDEZ DE LARREA, J.A., *Guerra y sociedad*, pp. 69 y 107.

⁸⁷ LOENERTZ, R.-J., Hospitaliers et Navarrais en Grèce, 1376-1383, *Orientalia Christiana Periodica*, 22 (1956), pp. 319-360.

⁸⁸ DENNIS, G., The capture of Thebes by the Navarrese (6 marzh 1378), *Orientalia Christiana Periodica*, 26 (1960), pp. 42-50.

y luego con los venecianos (desde 1382). La muerte de Coquerel en 1386 dejó la dirección de las compañías en manos de San Superano que entre 1394 y 1402 se intituló príncipe hereditario de Acaya, apoyando indistintamente según sus necesidades a turcos, venecianos y griegos. A su muerte, su esposa consiguió mantener aún durante dos años el gobierno en nombre de sus dos hijos menores, aunque finalmente uno de sus sobrinos le arrebató el título.

Son diversas las observaciones que cabe reseñar sobre estas campañas orientales. La primera de ellas es la evidente profesionalidad de los contingentes navarros y su efectividad en campaña. Así lo habían manifestado también en las campañas en Francia. Estas compañías están conformadas por profesionales de la guerra, auténticos mercenarios que encuentran en las campañas militares una vía de subsistencia productiva e incluso beneficiosa fuera de las fronteras del reino. Sin una soldada y sin vinculaciones señoriales tras la muerte del infante, el comportamiento de estos grupos no diferirá mucho del de las compañías de *rouitiers* que asolaban Francia: botines, saqueos y conquistas debían garantizar la subsistencia de estos grupos; y sus alianzas no tendrán otros principios que el del beneficio personal y económico. Los vemos así pactar indistintamente con venecianos o aragoneses, y combatir al turco o solicitar su apoyo indistintamente cuando resulte necesario.

Lejos de Navarra, estas compañías acabarán desvinculándose de la realidad del reino y de sus orígenes. Y no resulta extraño, pues los intereses del reino radicaban muy lejos de la península del Peloponeso y no cabía esperar ayuda alguna. Habían acudido a buscar fortuna por sus medios y allí la lograron. Actuaron como auténticos mercenarios. Tan lejos de Navarra, mantuvieron, eso sí, una gran fidelidad al infante en vida y una fuerte identidad colectiva y apoyo mutuo, reforzado sin duda por los lazos culturales y sociales comunes en un entorno hostil. Es el mismo comportamiento observado en las compañías navarras que combatieron en Francia durante la guerra de los Cien Años.

Sólo un hecho resulta peculiar. Constituyen el único grupo militar asentado finalmente en tierras extranjeras, enraizado sólidamente en las tierras griegas en las que conservaron sus feudos y de las que muchos de ellos nunca regresaron. En todo caso no resulta extraño atendiendo a la particularidad de la campaña. Por una parte, la lejanía del destino y las dificultades de todo tipo para regresar al reino. Por otra, la duración de la presencia, que habría conducido a una paulatina permeabilidad con los habitantes y poderes locales. Pero también el propio carácter de la Grecia medieval, espacio de Cruzadas, tierra de inmigración y de inestabilidad, de constante paso de contingentes, y en el que se habían asentado ya antes de los navarros algunos caballeros occidentales –particularmente francos– de las primeras cruzadas, venecianos y florentinos y, por supuesto, grupos aragoneses en su expansión por el Mediterráneo.

Es, en todo caso, un vistoso colofón para las empresas militares protagonizadas durante todo el siglo por los contingentes navarros. Y el azar quiso que un mismo año, 1404, marcase el final de la presencia de tropas del reino tanto en Normandía como en Albania. Ya para entonces corrían nuevos tiempos en Navarra bajo el reinado de Carlos III el Noble y se había abierto una nueva etapa para las armas navarras.

VI. BIBLIOGRAFÍA

- AZCÁRATE AGUILAR-AMAT, Pilar, Las relaciones castellano-navarras bajo los primeros Evreux (1328-1387). Balance historiográfico y perspectivas de investigación, *Hispania: Revista española de historia*, 175 (1990), pp. 883-901.
- El azote de las Compañías y sus estragos en Navarra, *Hispania: Revista española de historia*, 177 (1991), pp. 73-101.
 - Carlos II de Navarra y los avatares de la política hispánica: la etapa de no beligerancia (1349-1361), *Príncipe de Viana*, 193 (1991), pp. 107-138.
 - Navarra y los prolegómenos de la guerra civil castellana: el impacto de las Compañías, *Príncipe de Viana*, 195 (1992), pp. 169-190.
- BAUDOT, Marcel, Charles le Noble, «roi de Cherbourg» (1387-1404) et les relations navarro-normandes de 1387 à 1430, d'après les comptes du Trésor de Navarre, *Bulletin Philologique et Historique*, 1 (1969), pp. 193-259.
- BILLOT, Claudine, L'assimilation des étrangers dans le royaume de France aux XIV^e et XV^e siècles, *Révue Historique*, 270 (1983), pp. 273-296.
- Les mercenaires étrangers pendant la Guerre de Cent Ans comme migrants. En *Le combattant au Moyen âge (Actes du 18^e Congrès de la Société des historiens médiévistes de l'enseignement supérieur public. Montpellier, 1987)*, Nantes: CDI, 1991, pp. 279-286.
- CAZELLES, Raymond, *Société politique, noblesse et couronne sous Jean le Bon et Charles V*, Ginebra-Paris: Droz, 1982. 625 pp.
- CIGANDA ELIZONDO, Roberto, El honor de las armas y servicio del rey: la carrera política de Fernando de Ayaz (c. 1353-1393). En Erro Gasca, Carmen y Mugueta Moreno, Íñigo (eds.), *Grupos sociales en la Historia de Navarra: relaciones y derechos (Actas del V Congreso de Historia de Navarra. Pamplona, 2002)*, Pamplona: Eunat, 2002, vol. 1, pp. 47-68.
- *Navarros en Normandía en 1367-1371. Hacia el ocaso de Carlos II en Francia*, Pamplona: Eunsa, 2006. 392 pp.
 - *Archivo General de Navarra. Sección de Comptos. Registro núm. 7 (1300)*, San Sebastián: Sociedad de Estudios Vascos, 2007. XLIII+218+LXXXVI pp.

- Felipe III de Navarra; Juana II de Navarra; Juana de Francia; Carlos II de Navarra. En *Diccionario Biográfico Español*, Madrid: Real Academia de la Historia (en prensa).
- CONTAMINE, Philippe, *Guerre, état et société à la fin du Moyen Age. Étude sur les armées des rois de France, 1337-1494*, Paris: Mouton, 1972. 757 pp.
- *La guerre au Moyen Age*, Paris: PUF, 1980. Nouvelle Clio, l'histoire et ses problèmes. 516 pp.
- COVILLE, Alfred, *Les premiers Valois et le début de la Guerre de Cent Ans (1328-1350)*, Paris: Hachette, 1911, 447 pp. (reimpr. Paris: Tallandier, 1981. Collection Monumenta Historiae. 476 pp.).
- CHARON, Philippe, Relations entre les cours de France et de Navarre en 1376-1377, *Bibliothèque de l'École des Chartes*, 150 (1992), pp. 85-107.
- Contribution à l'histoire des principautés territoriales en France à la fin du Moyen Age. L'exemple de la principauté d'Evreux, 1298-1378, *Journal des Savants*, 5^a serie, 68 (1995), pp. 145-177.
- *La principauté d'Evreux aux XIV^e et XV^e siècles*, Paris: Ecole des Chartes (en prensa). Mémoires et documents de l'École des Chartes.
- DELACHENAL, Roland, *Histoire de Charles V (1338-1380)*, Paris: Picard, 1909-1931. 5 vols.
- DENIFLE, Henri, *La Guerre de Cent Ans et la désolation des églises, monastères et hôpitaux en France*, Paris: 1899 (reimpr. Bruselas: Culture et Civilisation, 1965). 2 vols.
- DENNIS, George, The capture of Thebes by the Navarrese (6 marzh 1378), *Orientalia Christiana Periodica*, 26 (1960), pp. 42-50.
- DIAGO HERNANDO, Máximo, Política y guerra en la frontera castellano-navarra durante la época Trastámara, *Príncipe de Viana*, 203 (1994), pp. 525-548.
- Un noble entre tres reinos en la España del siglo XIV: Juan Ramírez de Arellano, *Príncipe de Viana*, 230 (2003), pp. 523-556.
- FERNÁNDEZ DE LARREA ROJAS, Jon Adoni, Cambios en el sistema militar navarro en la segunda mitad del siglo XIV. En *Primer Congreso General de Historia de Navarra (Pamplona, 1986)*, Pamplona: Gobierno de Navarra, 1987, vol. 3, pp. 413-423.
- La guerra como respuesta a la crisis de los ingresos señoriales en el Reino de Navarra durante el reinado de Carlos II (1349-1387), *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Historia Medieval*, 2 (1989), pp. 189-204.
- Las estructuras de la guerra en la Navarra del siglo XIV. Las campañas portuguesas de 1384-1385, *Anuario de Estudios Medievales*, 19 (1989), pp. 393-404.

- *Guerra y sociedad en Navarra durante la Edad Media*, Bilbao: UPV, 1992, 152 pp.
- La participación de la nobleza guipuzcoana en la renta feudal centralizada: Vasallos y mercenarios al servicio de los reyes de Navarra (1350-1433). En Díaz de Durana, José (ed.), *La lucha de Bandos en el País Vasco: de los Parientes Mayores a la Hidalguía Universal. Guipúzcoa, de los bandos a provincia (ss. XIV a XVI)*, Bilbao: UPV, 1998, pp. 261-321.
- FOWLER, Kenneth, L'emploi des mercenaires par les pouvoirs ibériques et l'intervention militaire anglaise en Espagne (vers 1361 - vers 1379). En Rucquoi, Adeline (ed.), *Realidad e imágenes de poder. España a fines de la Edad Media*, Valladolid: Ámbito, 1988, pp. 23-55.
- *Medieval Mercenaries. Volume 1, The Greath Companies*, Oxford: Blackwell Publishers, 2001. 384 pp.
- GALLEGO, Javier y NIETO, José Ignacio, Los navarros en Grecia. En Martín Duque, Ángel Juan (dir.), *Gran Atlas de Navarra, II. Historia*, Pamplona: CAN, 1986, pp. 93-95.
- GARCÍA ARANCÓN, M^a Raquel, Ricardo de Montfort al servicio de Teobaldo II de Navarra (1266), *Príncipe de Viana*, 160-161(1980), pp. 411-419.
- *Teobaldo II de Navarra (1253-1270). Gobierno de la monarquía y recursos financieros*, Pamplona: Gobierno de Navarra, 1985. 378 pp.
- Cruzada de Teobaldo I en Tierra Santa (1239-1240). En Martín Duque, Ángel Juan (dir.), *Gran Atlas de Navarra, II. Historia*, Pamplona: CAN, 1986, pp. 92 y 95.
- Cruzada de Teobaldo II a Túnez (1270). En Martín Duque, Ángel Juan (dir.), *Gran Atlas de Navarra, II. Historia*, Pamplona: CAN, 1986, pp. 92 y 95.
- Carlos II de Navarra. El círculo familiar, *Príncipe de Viana*, 182 (1987), pp. 569-608.
- GOÑI GAZTAMBIDE, José, *Historia de la Bula de la Cruzada en España*, Vitoria: Editorial del Seminario, 1958, 724 pp.
- *Navarra y las cruzadas*, col. «Navarra, temas de cultura popular», núm. 13, Pamplona: Diputación Foral de Navarra, 1968. 30 pp.
- *Historia de los obispos de Pamplona, II. Siglos XIV-XV*, Pamplona: EUNSA, 1979. 711 pp.
- GOYHENÈCHE, Eugène, Bayonne, port d'embarquement des Navarrais vers la Normandie, *Les cahiers vernonnais*, 4 (1964), pp. 107-117.
- HERREROS LOPETEGUI, Susana, Mecanismos de movilización de tropas, *Príncipe de Viana*, 182 (1987), pp. 637-643.

- *Las tierras navarras de Ultrapuertos (siglos XII-XVI)*, Pamplona: Gobierno de Navarra, 1998. 358 pp.
- HONORÉ-DUVERGÉ, Suzanne, Notes sur la politique économique de Charles le Mauvais en Navarre. En *Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Pirenaicos (San Sebastián, 1950). Tomo VI, sección V. Historia, Arte y Derecho*, Zaragoza: Instituto de Estudios Pirenaicos-Centro Superior de Investigaciones Científicas, 1952, pp. 95-107.
- Participation navarraise à la bataille de Cocherel, *Les cahiers vernonnais*, 4 (1964), pp. 99-106.
- IDOATE, Florencio, Una expedición naval a Normandía en 1355. En *Rincones de la Historia de Navarra*, Pamplona: Diputación Foral de Navarra, 1956, vol. 2, pp. 84-89.
- KERVYN DE LETTENHOVE, Joseph Bruno Marie Constantin (ed.), *Oeuvres de Froissart. Chroniques*, Bruselas: Devaux, 1867-1877. 24 vols. (reimpr. Os-nabrück: Biblio, 1967).
- LACARRA DE MIGUEL, José María, *Historia política del reino de Navarra, desde sus orígenes hasta su incorporación a Castilla*, Pamplona: Caja de Ahorros de Navarra, 1973. 3 vols.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel, Guerra y paz: teoría y práctica en Europa occidental. 1280-1480. En *Guerra y Diplomacia en la Europa Occidental, 1280-1480 (Actas de la XXXI Semana de Estudios Medievales de Estella. 2004)*, Pamplona: Gobierno de Navarra, 2005, pp. 21-68.
- LARRÁYOZ DE ZARRANZ, Martín, Eco de la batalla de Cocherel en los documentos de comptos reales de Navarra, *Príncipe de Viana*, 96 y 97 (1964), pp. 253-276.
- LEROY, Béatrice, Espagnols et portugais dans les chroniques de Froissart, *Revue de Pau et du Béarn*, 3 (1975), pp. 57-80.
- Les hommes du pouvoir en Navarre au XIVe siècle. Gouvernement et société dans le royaume de Navarre de 1328 à 1425. *Le Moyen Age. Revue d'Histoire et de Philologie*, 95 (1989), pp. 475-490.
- LOENERTZ, Raymond-Joseph, Hospitaliers et Navarrais en Grèce, 1376-1383, *Orientalia Christiana Periodica*, 22 (1956), pp. 319-360.
- MAHN-LOT, Marianne, *Philippe d'Evreux, roi de Navarre (1328-1343)*, Paris: Ecole des Chartes, 1937 (tesis inédita) (resumen en *Positions des thèses de l'École des chartes*, Paris: École des chartes, 1937).
- Philippe d'Evreux, roi de Navarre, et un projet de croisade contre le royaume de Grénade (1329-1331), *Bulletin Hispanique*, 46 (1944), pp. 221-232.

MARTÍN DUQUE, Ángel Juan, El Reino de Navarra en el siglo XIV, *Anuario de Estudios Medievales*, 7 (1970-1971), pp. 153-164.

- La Cruzada de Algeciras (1343). En Martín Duque, Ángel Juan (dir.), *Gran Atlas de Navarra, II. Historia*, Pamplona: Caja de Ahorros de Navarra, 1986, pp. 92 y 95.

- Hacia una renovación de los estudios sobre Carlos II de Navarra, *Príncipe de Viana*, 182 (1987), pp. 565-568.

- Del espejo ajeno a la mirada propia. En Martín Duque, Ángel Juan (dir.), *Signos de identidad histórica para Navarra*, Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1996, vol. 1, pp. 21-50.

- Mensajes de un mundo antiguo. De los Vascones a los Pamploneses. En Martín Duque, Ángel Juan (dir.), *Signos de identidad histórica para Navarra*, Pamplona, CAN, 1996, vol. 1, pp. 131-138.

- Nobleza navarra altomedieval. En *La nobleza peninsular en la Edad Media. VI Congreso de estudios Medievales (León, 1997)*, Ávila: Fundación Sánchez-Albornoz, 1999, pp. 229-254.

MARTÍN DUQUE, Ángel Juan y PANIZO SANTOS, Ignacio, Las dinastías «extrañas» de reyes y la acumulación de títulos. En Martín Duque, Ángel Juan (dir.), *Signos de identidad histórica para Navarra*, Pamplona: Caja de Ahorros de Navarra, 1996, vol. 1, pp. 331-340.

MARTÍN DUQUE, Ángel Juan y RAMÍREZ VAQUERO, Eloísa, El reino de Navarra (1217-1350). En *Historia de España Menéndez Pidal*, Madrid: Espasa-Calpe, 1990, vol. 13-2, pp. 3-89.

MEYER, Edmond, *Charles II, roi de Navarre, comte d'Évreux, et la Normandie au XIV^e siècle*, Paris: Dumont, 1898. 305 pp. (reimpr. Ginebra-Slatkine: Megariotis Reprints, 1975).

MIRANDA GARCÍA, Fermín, *Reyes de Navarra, XIII. Felipe III y Juana II de Evreux*, Pamplona: Mintzoa, 1986. 301 pp.

- Felipe y Juana de Evreux en la Guerra de los Cien Años (1337-1349). En Contamine, Philippe y Guyotjeannin, Olivier (dirs.), *La guerre, la violence et les gens au Moyen Âge, I. Guerre et violence (Actes du 119^e Congrès des Sociétés Historiques et Scientifiques. Amiens, 1995)*, Paris: Comité des Travaux Historiques et Scientifiques, 1996, pp. 81-96.

MUGUETA MORENO, Íñigo, *El dinero de los Evreux: hacienda y fiscalidad en el reino de Navarra (1328-1349)*, Pamplona: Gobierno de Navarra (en prensa).

PLAISSE, André, *Charles II, dit le Mauvais, comte d'Évreux, roi de Navarre, capitaine de Paris*, Evreux: Société Livre de l'Eure, 1972, 143 pp.

- PREVOST, Gustave-Alphonse, Introduction. En Izarn, Eugène, *Le Compte des recettes et dépenses du roi de Navarre en France et en Normandie, de 1367 à 1380*, Paris: Picard, 1885, pp. I-CXLVI.
- RAMÍREZ VAQUERO, Eloísa, La nobleza bajomedieval navarra: pautas de comportamiento y actitudes políticas. En *La nobleza peninsular en la Edad Media. VI Congreso de estudios Medievales (León, 1997)*, Ávila: Fundación Sánchez-Albornoz, 1999, pp. 297-323.
- RUBIÓ Y LLUCH, A., *Los navarros en Grecia y el ducado catalán de Atenas en la época de su invasión*, Barcelona: Imprenta de Jaime Jepús, 1886. 279 pp.
- *Conquista de Tebas por Juan de Urtubia: (episodio de la Historia de los navarros en Grecia)*, San Sebastián: Diputación de Guipúzcoa, 1923. 51 pp.
- *Los catalanes en Grecia. Últimos años de su dominación. Cuadros históricos*, Madrid: Voluntad, 1927. 280 pp.
- SEGURA URRA, Félix, Nobles, ruanos y campesinos en la Navarra medieval, *Iura Vasconiae*, 3 (2006), pp. 9-57.
- *Fazer justicia. Fuero, poder público y delito en Navarra (siglos XIII-XIV)*, Pamplona: Gobierno de Navarra, 2005. 502 pp.
- SUMPTION, Jonathan, *The Hundred Years War, I. Trial by Battle*, London: Faber & Faber, 1990. 659 pp.
- *The Hundred Years War, II. Trial by Fire*, London: Faber & Faber, 1999. 680 pp.
- WALKER, Simon, Janico Dartasso: Chivalry, Nationality and the Man-at-Arms, *History*, 273 (1999), pp. 31-51.
- ZABALO ZABALEGUI, Javier, *La administración del reino de Navarra en el siglo XIV*, Pamplona: Universidad de Navarra, 1973. 422 pp.
- Participación navarra en la guerra de los dos Pedros: la expedición a Murviedro de 1363, *Príncipe de Viana. Anejo 3 (Homenaje a don José María Lacarra)*, Pamplona: Gobierno de Navarra, 1986, pp. 777-784.
- La participación navarra en la guerra de los dos Pedros (julio de 1362-abril de 1363). En *Primer Congreso General de Historia de Navarra (Pamplona, 1986)*, Pamplona: Gobierno de Navarra, 1987, vol. 3, pp. 685-692.